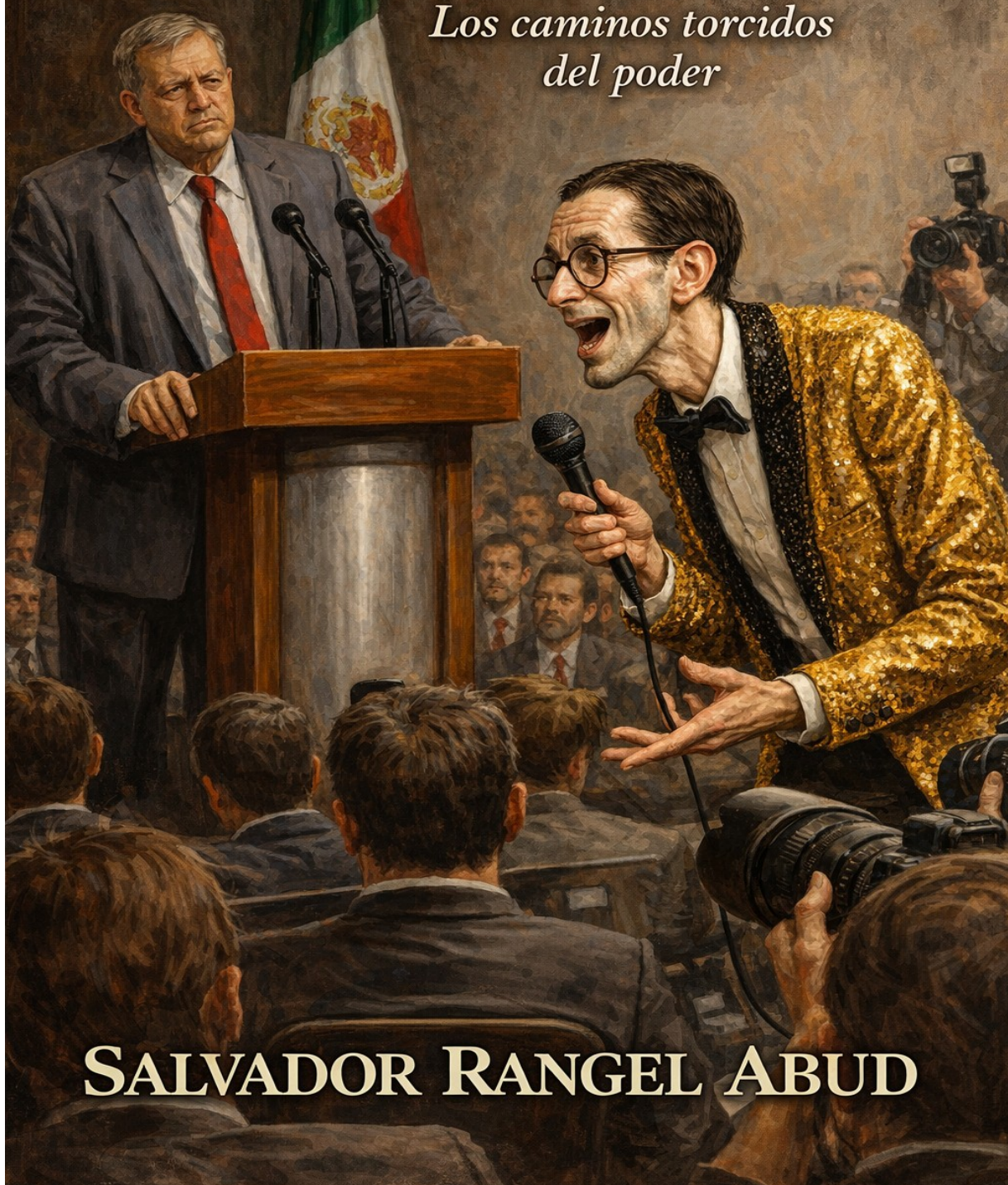


CARITINO AGUADO DE LA ROSA

*Los caminos torcidos
del poder*



SALVADOR RANGEL ABUD

CARITINO AGUADO DE LA ROSA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En el Salón de los Espejos del Palacio de la Cantera Gris, cada mañana el presidente Serafín Leyva Godínez celebra su conferencia matutina ante una prensa que ha aprendido a escuchar sin preguntar. En ese ecosistema de palabras calibradas y silencios convenientes, irrumpe Caritino Aguado de la Rosa: un hombre delgado, de pelo brillante y aceitado, con un saco dorado de lentejuela y canutillo que captura la luz y la devuelve en destellos breves e intermitentes. Llega con preguntas. Preguntas de fondo.

¿Qué desayuna el presidente antes de tomar decisiones de Estado? ¿Prefiere decidir sentado o de pie? ¿No debería haber un Día del Pobre en el calendario oficial, dado que los pobres están primero? Y más tarde, con una solemnidad que habría honrado a cualquier tribuno, propone incorporar al Himno Nacional una estrofa dedicada al gobernante que devolvió la dignidad al pueblo.

Lo que Caritino no sabe es que el presidente lo usa. Lo que el presidente no sabe es que Caritino lo usa a él. Lo que ninguno de los dos advierte es que cien firmas de adultos mayores de la colonia Portales, organizadas con separadores de colores en un fólter transparente, están a punto de convertirse en miles, luego en cientos de miles, luego en un millón, luego en una manifestación en el Zócalo, luego en una reforma constitucional.

Caritino Aguado de la Rosa es una sátira política sobre el poder, la adulación, la desinformación y los sistemas que se perpetúan a sí mismos utilizando exactamente lo que encuentran: la convicción sincera de quienes no saben que están siendo usados, y la habilidad de quienes saben usar sin parecer que lo hacen.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene ironía de alta precisión, un personaje absolutamente convencido de su propia importancia, un presidente que responde preguntas absurdas con una maestría que da miedo, y una cadena burocrática que convierte cien firmas en un millón sin que nadie mienta del todo. Contiene también una madre que sirve café y acomoda pajaritas. No contiene respuestas fáciles. Sí contiene la clase de risa que duele un poco, porque lo que describe no es tan distinto de lo que ocurre.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

En Caritino Aguado de la Rosa, su conocimiento de las instituciones públicas, su aguda mirada sobre los mecanismos del poder y su experiencia observando cómo los sistemas se autoorganizan para perpetuarse se convierten en el fundamento de una sátira política que no es solo comedia sino diagnóstico: la novela como forma de decir lo que el análisis político no puede decir con un saco de lentejuela y una pajarita.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Caritino Aguado de la Rosa

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Sátira política / Novela cómica / Comedia de costumbres

Extensión: ~25,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 11 capítulos + Epílogo

Ambientación: Ciudad de México — Salón de los Espejos / Colonia Portales

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una observación que llevo años haciéndome: en las conferencias de prensa del poder en México, la pregunta más peligrosa no es la que incomoda al gobernante. Es la que lo halaga con tanta pericia que él mismo no puede distinguir si está siendo interrogado o celebrado.

Caritino Aguado de la Rosa no es un personaje inventado del todo. Es la versión más visible, más fotogénica, más literalmente brillante de algo que ocurre: que los sistemas del poder no solo toleran la adulación, la necesitan, la cultivan, la sientan en primera fila y le mandan sacos.

Lo que me interesaba no era burlarme de Caritino. Él es, en su torpeza sincera, más honesto que el sistema que lo utiliza. Lo que me interesaba era el espejo: ¿quién usa a quién? ¿Quién sale mejor librado? ¿Y qué dice eso del estado en que se encuentra la democracia cuando el ciudadano más activo es el que menos entiende lo que está haciendo?

El morado queda pendiente. Caritino tiene aún mucho tiempo en su futuro.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

sátira política · conferencia de prensa · adulación · poder · México · comedia · populismo · democracia · desinformación · mañanera · himno nacional · reforma constitucional · novela política · novela en español · ironía

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre un personaje ridículo sino sobre un sistema que lo necesita. A lo largo de sus once capítulos, Caritino Aguado de la Rosa explora la adulación como instrumento político en manos de quien no sabe que la ejerce, la maquinaria de la desinformación que convierte lo pequeño en multitudinario sin que nadie mienta del todo, el populismo como sistema de retroalimentación donde el gobernante y el adulador se utilizan mutuamente con igual convicción, la prensa como testigo que contiene la risa sin poder publicarla, y la burocracia como cadena de transmisión que transforma cien firmas de la colonia Portales en una reforma constitucional. El epílogo, "Lo que queda", no es un final cómico ni una denuncia abierta: es la constatación de que los sistemas que se autoorganizan para perpetuarse lo hacen precisamente porque hay alguien que llega cada mañana con un saco de lentejuela y una convicción intacta.

CITAS DESTACADAS

"El problema no es el ciudadano del saco. El problema es el sistema que lo necesita."

"Que ambos se creyeran el centro de ese intercambio era, pensándolo bien, lo más democrático que había ocurrido en el Salón de los Espejos en mucho tiempo."

"Una estrofa de Estado, fabricada para durar sin dejar huella, que es la forma más eficiente de la permanencia en los sistemas que han aprendido a sobrevivirse a sí mismos."

"Algunas decisiones no se toman. Se reconocen."

"¡Morado! Ninguna bandera del mundo tenía el color morado..."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en Caritino Aguado de la Rosa un territorio narrativo cercano, con el anclaje político mexicano que le es propio.

Arturo Pérez-Reverte (El club Dumas, La tabla de Flandes): la construcción de personajes secundarios que son al mismo tiempo cómicos y precisos, y la ironía sostenida como modo narrativo.

Mario Vargas Llosa (Conversación en La Catedral, La fiesta del Chivo): el poder como sistema de relaciones donde nadie es del todo inocente y la complicidad se distribuye con una justicia perversa.

Nikolái Gógol (El inspector general, Almas muertas): el funcionario que no entiende que es el centro de una farsa, y la burocracia como comedia involuntaria de enormes consecuencias.

Jorge Ibargüengoitia (Las muertas, El atentado): la sátira política mexicana como género propio, donde la risa y la indignación no se contradicen sino que se alimentan.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su ejercicio satírico más sostenido: donde otras obras critican con indignación contenida, Caritino Aguado de la Rosa critica con una sonrisa que no desaparece pero que tampoco es cómoda.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Caritino cree sinceramente que está ejerciendo un periodismo de fondo. ¿En qué momento la convicción sincera se vuelve cómplice del sistema que la usa?

El presidente Serafín utiliza las preguntas absurdas de Caritino para decir cosas que nadie más le pregunta. ¿Es eso manipulación, oportunismo, o simplemente política?

Aristeo Bolaños Fumarola escribe tres columnas que nadie en el poder lee. ¿Qué dice eso sobre el rol del periodismo crítico en los sistemas que describe la novela?

Las cien firmas se convierten en un millón sin que nadie mienta exactamente. ¿Dónde está la mentira en esa cadena, y quién es responsable de ella?

El epílogo cierra con Caritino pensando en el morado de la bandera. ¿Es ese un final esperanzador, resignado, o simplemente el retrato de un sistema que no aprende?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). Caritino Aguado de la Rosa. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. Caritino Aguado de la Rosa. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Caritino Aguado de la Rosa. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca la sátira política, el thriller científico, la novela histórica, la ficción especulativa, la comedia negra, la novela de denuncia social, la crónica costumbrista, el drama psicológico histórico, el thriller médico, la comedia romántica y la novela didáctica de largo aliento.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México tiene conferencias de prensa matutinas. Tiene salas llenas de periodistas que han aprendido a contener la risa. Tiene funcionarios que saben encontrar en cualquier pregunta una superficie desde la cual hablar de lo que quieren hablar. Tiene sistemas que se autoorganizan para perpetuarse con una eficiencia que desde adentro parece orden.

Lo que esta novela propone no es una denuncia sino una pregunta: ¿en qué momento dejamos de ver la diferencia entre el periodismo y su simulacro, entre la voz del pueblo y la voz de quien imprimió las pancartas la noche anterior, entre la reforma que surge de la ciudadanía y la que surge de un fólder transparente con separadores de colores?

Caritino Aguado de la Rosa no es el villano de esta historia. Tampoco es su víctima. Es su espejo más honesto.

Y el morado sigue pendiente.

ÍNDICE

Prólogo. El personaje visible

Capítulo 1. La conversación en casa

Capítulo 2. El eco de la pregunta

Capítulo 3. Una pregunta de dimensión histórica

Capítulo 4. La trascendencia del método

Capítulo 5. Una propuesta de fondo

Capítulo 6. El observador

Capítulo 7. La estrofa que faltaba

Capítulo 8. El mandato ciudadano

Capítulo 9. La entrega

Capítulo 10. Miles de voces

Capítulo 11. La caja de Pandora

Epílogo. Lo que queda

CARITINO AGUADO DE LA ROSA

PRÓLOGO

El personaje visible

Era el inicio de un sexenio en un país adormilado por la corrupción rampante que había imperado en el período anterior, encabezado por el Lic. Bernabé Tomassinni Rendón, joven político de agradable presencia, pero de reconocida limitación intelectual, que había llegado al poder montado en un grupo proverbialmente conocido por sus excesos en la desviación de recursos para beneficios particulares.

Su administración se había caracterizado por permitir que aquellos integrantes perdularios del poder se solazaran con los dineros del pueblo, situación que el mismo pueblo terminó cobrando cuando rechazó al candidato de su partido para sucederlo, relegándolo al tercer lugar en unos comicios donde, recientemente, había ganado el favor de los que menos tienen el también Lic. Serafín Leyva Godínez, quien, con su traje de una talla mayor que la que le correspondía, se presentaba siempre ante la ovación de su público, que reconocía en él una identidad con el pueblo.

Serafín llegaba con el halo de ser el presidente que más veces había contendido por la primera magistratura del país. Fue hasta la quinta

ocasión que lo logró, y no faltaban quienes, en voz baja y con prudencia calculada, insinuaban que aquella victoria había coincidido con apoyos cuya procedencia nunca terminaba de aclararse del todo.

De ciertos nombres no se hablaba abiertamente. No porque fueran desconocidos, sino porque su mención directa parecía innecesaria. Bastaba con las alusiones, con los silencios oportunos, con la forma en que algunas conversaciones se interrumpían cuando alguien se acercaba demasiado.

Instalado ya en el Palacio de la Cantera Gris, símbolo del poder en México, Serafín hizo de sus comparecencias matutinas un ejercicio cotidiano, una especie de liturgia civil donde la palabra no solo informaba, sino que ordenaba la realidad.

En dicho recinto, el Salón de los Espejos no debía su nombre a la ornamentación, aunque los muros, en efecto, devolvían reflejos múltiples y ligeramente deformados de cuanto ocurría en su interior. Lo debía, más bien, a esa otra cualidad más sutil: todo lo que allí se decía parecía duplicarse, replicarse, reverberar en versiones sucesivas hasta perder su forma original y adquirir otra más conveniente, más pulida, más útil.

A esa hora temprana, la luz entraba sesgada por los ventanales altos y se detenía en las superficies pulidas como si dudara. Los periodistas ya estaban instalados, cada uno en su territorio tácito: las primeras filas para los de mayor antigüedad, los costados para los que aún aspiraban a ser reconocidos, el fondo para quienes no tenían nombre o lo estaban perdiendo.

Vicenta Miravalles ocupaba su asiento habitual, sin prisa, con la libreta cerrada sobre las piernas. No escribía antes de tiempo. Observaba. A su alrededor, los murmullos eran bajos, casi disciplinados, como si incluso la expectativa tuviera que ajustarse a un tono previamente acordado.

Unos metros más atrás, Javierito Redondillo acomodaba nerviosamente su grabadora, la encendía, la apagaba, la volvía a encender. Miraba hacia el frente con una mezcla de ansiedad y reverencia, como si el acto que estaba por comenzar tuviera todavía la capacidad de sorprenderlo.

Don Zenaido Carcaño, en cambio, ya tenía la cámara al hombro, fija, inmóvil, apuntando al podio vacío. No necesitaba ensayar el encuadre. Sabía que, llegado el momento, el movimiento sería mínimo: un leve ajuste, una respiración contenida, y todo quedaría capturado.

En un lateral discreto, casi fundido con la pared, Teodorico Zamacona conversaba en voz baja con Rutilo Cañizales. No parecían intercambiar ideas, sino confirmar certezas. Rutilo asentía con una lentitud estudiada, como si cada gesto tuviera que pasar por un filtro previo antes de ser ejecutado.

—Todo en orden —dijo finalmente, con un tono que no buscaba convencer, sino clausurar.

Teodorico no respondió. Solo recorrió el salón con la mirada, como quien revisa una maquinaria antes de ponerla en marcha. Sus ojos se detuvieron brevemente en la tercera fila, donde una silla permanecía vacía. No era una ausencia preocupante, pero sí prevista.

El murmullo decreció de pronto, no por indicación alguna, sino por una especie de acuerdo tácito que todos reconocieron al mismo tiempo. Una puerta lateral se abrió con la discreción de lo inevitable.

Serafín Leyva Godínez entró sin apuro, con esa forma de caminar que no pretende imponerse, pero que termina haciéndolo por simple persistencia. Saludó con una inclinación leve, casi doméstica, y ocupó su lugar detrás del atril.

—Muy buenos días —dijo.

La frase cayó en el salón con la familiaridad de algo repetido hasta volverse estructura. Algunos asintieron, otros ajustaron sus dispositivos; Vicenta alzó apenas la vista, y Javierito enderezó la espalda como si acabara de ser llamado por su nombre.

Serafín comenzó a hablar. No elevaba la voz ni modulaba en exceso. Su discurso avanzaba con una cadencia que parecía improvisada, pero que, en el fondo, obedecía a un ritmo constante: afirmación, ejemplo, reiteración, pausa. Las palabras se encadenaban con una lógica que no necesitaba demostrarse, solo sostenerse.

Rutilo observaba desde un costado, atento no al contenido, sino a la recepción. Cada gesto, cada parpadeo, cada inclinación de cabeza era, para él, un dato.

Pasaron varios minutos antes de que Serafín hiciera la transición esperada.

—Vamos a abrir para preguntas —anunció.

Las manos se levantaron con una sincronía imperfecta, pero suficiente. Algunas con decisión, otras con cautela. Teodorico recorrió el conjunto con una mirada rápida, selectiva. Sus ojos se detuvieron un instante más de lo necesario en la tercera fila.

La silla vacía ya no lo estaba.

Caritino Aguado de la Rosa había llegado sin que nadie lo advirtiera, como si hubiera emergido directamente de uno de los espejos. Su presencia, sin embargo, no tardó en imponerse.

Su acentuada delgadez, su poco agraciada imagen, el saco dorado, cubierto de lentejuela y canutillo, su pelo brillante y aceitado, capturaba la luz y la devolvía en destellos breves, intermitentes, que rompían la sobriedad del conjunto. La corbata de pajarita, perfectamente anudada, parecía sostener con obstinación la idea de una elegancia que el resto del atuendo desmentía.

Algunos voltearon. No todos. Los que lo hicieron, lo hicieron con rapidez, como si mirar demasiado tiempo fuera ya una forma de participación.

Vicenta lo vio y luego desvió la mirada, no con desprecio, sino con una especie de resignación anticipada y diciéndose para sus adentro que sería una larga mañanera.

Javierito, en cambio, lo observó con curiosidad abierta, incapaz de decidir si lo que tenía enfrente era una anomalía o una clave.

Teodorico hizo un gesto casi imperceptible.

—Tercera fila —indicó.

Caritino se puso de pie con una solemnidad que parecía ensayada frente a un espejo, quizá muchos. Ajustó el saco con ambas manos, carraspeó con delicadeza y esperó a que el silencio se consolidara en torno a él.

—Señor presidente —comenzó, inclinando ligeramente la cabeza—, antes que nada, permítame expresarle, en nombre de muchos ciudadanos que no siempre encuentran voz en los espacios tradicionales, un reconocimiento sincero a la claridad con la que usted ha venido conduciendo los destinos de nuestra nación en estos tiempos, sin duda, complejos.

La frase se extendió más de lo necesario, como si buscara asegurarse de que cada palabra encontrara su lugar exacto en el aire.

Don Zenaido ajustó apenas el encuadre. No enfocó de inmediato el rostro de Caritino. Se detuvo un segundo en el brillo del saco, en la forma en que la luz se fragmentaba sobre él.

Caritino continuó:

—En ese sentido, mi pregunta —si se me permite formularla con la precisión debida— se refiere a conocer cuál es su secreto para lograr, con esa serenidad que lo caracteriza, para integrar las distintas voces de este país, incluso aquellas que, desde la incomprensión o el interés particular, han pretendido distorsionar el sentido profundo de su proyecto.

Hubo un silencio breve. No incómodo. Más bien expectante, como si todos supieran que ese punto exacto formaba parte del ritual.

Serafín lo miró con una expresión que no era sonrisa, pero tampoco distancia.

—Bueno —dijo—, nosotros siempre hemos estado abiertos al diálogo...

La respuesta comenzó a desplegarse con la misma cadencia de antes, pero ahora con un matiz distinto: había en ella una confirmación implícita, una especie de eco anticipado de la pregunta.

Caritino asentía con gravedad, como si cada palabra recibida reforzara una convicción previa.

En la segunda fila, Vicenta cerró la libreta sin haber escrito una sola línea.

Javierito, en cambio, tomó nota apresuradamente, sin saber muy bien qué registrar.

Rutilo observó el conjunto con una calma satisfecha.

Teodorico desvió la mirada hacia otro punto del salón, como si ya no hubiera nada que administrar en ese momento.

Y en los muros, los espejos devolvieron la escena multiplicada: el presidente hablando, el periodista escuchando, la prensa mirando, la luz fragmentándose... todo repetido, ligeramente alterado, infinitamente reproducible.

Y Caritino volvió a sentarse, ahora con una sonrisa resplandeciente y un leve rubor en el rostro, como si en aquel breve intercambio hubiera alcanzado una forma íntima de plenitud que no necesitaba explicación.

Había logrado dirigirle la palabra.

Había sido escuchado.

Y, sobre todo, había recibido una respuesta que confirmaba, sin fisuras, aquello en lo que ya creía.

Para él, eso bastaba.

Era, incluso, más de lo que había esperado para ese día.

CAPÍTULO 1

La conversación en casa

Caritino Aguado de la Rosa abrió la puerta con un cuidado casi ceremonioso, como si el acto de entrar en su propia casa mereciera una dignidad distinta a la de otros días. Se detuvo un instante en el umbral, no por duda, sino por la necesidad de ajustar, con ambas manos, las solapas del saco dorado, todavía vibrante bajo la luz tenue de la tarde, como si no hubiera terminado de desprenderse del resplandor del Salón de los Espejos. La lentejuela captaba incluso esa luz pobre y la devolvía fragmentada, generosa, convencida de sí misma.

Dentro, el aire tenía ese olor persistente de café recalentado y comida recién terminada, una mezcla doméstica que no cambiaba nunca y que, sin embargo, esa tarde le pareció insuficiente para contener lo que traía consigo.

—¿Ya llegaste, hijo? —preguntó Miguelina desde la cocina, sin asomarse todavía.

—Ya, madre —respondió él, con una entonación ligeramente más grave de lo habitual, como si la jornada le hubiera conferido una autoridad nueva, o al menos una frecuencia vocal más acorde con ella.

Miguelina De la Rosa apareció limpiándose las manos en el delantal. Tenía la costumbre de mirar a su hijo en dos tiempos: primero el rostro, para saber cómo había llegado, y luego el resto, para saber qué había hecho. Esa tarde el segundo tiempo fue más largo de lo usual. El saco recibió una atención particular, aunque Miguelina no hizo ningún comentario al respecto. Tenía el instinto, cultivado durante décadas, de saber cuándo una observación es bienvenida y cuándo es simplemente inútil.

—Te ves... elegante —dijo finalmente, con la misma entonación con que se señala el tiempo cuando no hay nada más urgente que decir.

Caritino inclinó apenas la cabeza, aceptando el comentario como algo natural, aunque en su gesto había una satisfacción que no alcanzaba a disimular del todo, como quien recibe un elogio que ya esperaba pero que no pierde su efecto por eso.

—Ha sido un día importante —dijo, avanzando hacia la mesa—. Particularmente importante.

Miguelina no preguntó de inmediato. Se acercó a la estufa, sirvió café en una taza que ya no estaba caliente pero que aún conservaba su función, y la colocó frente a él con el automatismo tranquilo de quien ha repetido ese gesto miles de veces sin que el gesto haya perdido su intención.

—Siéntate —indicó—. Debes estar cansado.

—No es cansancio, madre —corrigió él—. Es más bien... intensidad.

Miguelina asintió, sin necesidad de precisar a qué se refería exactamente. En treinta y siete años había aprendido que ciertas palabras de su hijo funcionaban mejor si no se les pedía definición.

—¿Cómo te fue? —preguntó entonces, sentándose frente a él con las manos sobre la mesa, en esa postura de escucha atenta que también era, si se miraba bien, una postura de resistencia pasiva.

Caritino tomó aire, no porque lo necesitara, sino porque el momento lo exigía. Había algo en él que requería preámbulo, que no podía comenzar sin antes establecer el tono adecuado.

—Hoy —comenzó— se me concedió la oportunidad de intervenir directamente en la conferencia.

Miguelina dejó la cuchara sobre el plato con un leve sonido metálico.

—¿Intervenir? —repitió.

—Así es —dijo él—. No como una participación más, sino con una atención... particular.

Hizo una pausa breve, observando el efecto de sus palabras. Miguelina sostenía esa pausa con una calma que podría confundirse con expectativa.

—El señor presidente —continuó— me otorgó un espacio para plantear una reflexión que, según pude percibir, resultó de interés no solo para él, sino para el conjunto de los compañeros presentes.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Miguelina.

Caritino enderezó la espalda con la naturalidad de quien no advierte que lo estaba teniendo encorvada.

—No se trató de decir, madre —aclaró—. Sino de establecer un diálogo en torno a la manera en que se integran las distintas voces del país en el proyecto de nación.

Miguelina lo miró con una concentración honesta, como quien escucha una lengua que conoce pero en la que no es completamente fluida.

—¿Y qué fue exactamente lo que le preguntaste? —intentó, con la paciencia que da haber hecho la misma pregunta de distintas maneras a lo largo de toda una vida.

Caritino recostó los codos sobre la mesa.

—Le pregunté —dijo, con una pausada solemnidad— cuál es su secreto para lograr, con esa serenidad que lo caracteriza, integrar las distintas voces de este país, incluso aquellas que, desde la incompreensión o el interés particular, han pretendido distorsionar el sentido profundo de su proyecto.

Hubo un silencio.

Miguelina parpadeó una vez.

—Ajá —dijo.

—Una pregunta de fondo —especificó él.

—De fondo —confirmó ella.

Caritino asintió, satisfecho de que se hubiera comprendido la distinción.

—¿Y él te contestó? —preguntó Miguelina.

—Por supuesto —respondió Caritino, con la expresión serena de quien anuncia algo que nunca estuvo en duda—. De hecho, podría decirse que hubo una conversación.

Miguelina no sonrió, pero sus ojos se suavizaron con esa expresión que era simultáneamente orgullo y algo más difícil de nombrar, algo que requeriría de más tiempo y quizá de mejores palabras de las que ella disponía en ese momento.

—Qué bueno, hijo —dijo.

Hubo un silencio breve, habitado de esa manera peculiar en que los silencios entre una madre y su hijo pueden estar completamente llenos sin que ninguno de los dos sepa exactamente de qué.

—¿Y los demás? —preguntó Miguelina después—. ¿Los otros periodistas?

Caritino apoyó la taza nuevamente sobre la mesa.

—Atentos —respondió—. Muy atentos.

Se permitió una leve inclinación de cabeza, casi imperceptible, que sin embargo contenía algo.

—Algunos tomaban nota. Otros... simplemente escuchaban.

Lo que Caritino recordaba como atención había tenido, en el salón, una textura ligeramente distinta. Vicenta Miravalles, por ejemplo, había cerrado la libreta en el momento exacto en que él comenzó a hablar, no con el gesto de quien ya no necesita escribir porque todo está claro, sino con el de quien decide que ciertas cosas funcionan mejor sin registro. Javierito Redondillo, a su derecha, había tomado nota en efecto, aunque la nota

consistía en una sola frase escrita con una presión sobre el papel que sugería entusiasmo, o quizá sorpresa, o quizá ambas mezcladas de una manera que Javierito mismo no habría sabido separar. Don Zenaido Carcaño había bajado la cámara durante unos segundos, un gesto que en él era infrecuente y que los que lo conocían bien sabían interpretar de maneras diversas, aunque raramente coincidentes. Pero de todo esto Caritino no tenía noticia, y aunque la hubiera tenido, es probable que la hubiera ordenado de la misma manera en que ordenaba todo lo demás: con precisión, con convicción, y con los resultados dispuestos de antemano.

—Siempre has tenido facilidad para expresarte —dijo Miguelina.

Caritino no corrigió la afirmación. La recibió como se recibe algo que es, a la vez, insuficiente y correcto.

—Es cuestión de preparación —explicó—. Y de claridad en los planteamientos. Hay quienes improvisan. Yo prefiero llegar con una estructura previa, aunque la forma final de la pregunta se ajuste en el momento según las circunstancias del contexto.

Miguelina extendió la mano y acomodó ligeramente la corbata de pajarita, con ese gesto automático que los años habían vuelto reflejo, como quien endereza un cuadro que nunca termina de estar recto.

—¿Y te vas a presentar otra vez? —preguntó.

Caritino dejó pasar un instante antes de responder, no porque dudara, sino porque la pregunta merecía, en su opinión, una respuesta que no pareciera inmediata.

—Es probable —dijo finalmente—. Cuando uno logra establecer cierto nivel de interlocución, las oportunidades tienden a repetirse. Es una cuestión de inercia comunicativa. El interlocutor te reconoce. Establece una expectativa. Y esa expectativa, si se gestiona correctamente, se convierte en un espacio regular.

Miguelina asintió con la seriedad de quien no quiere interrumpir algo que ya va de salida.

—Me da gusto verte así —dijo.

Y lo decía en serio, con esa honestidad sin adornos que es el privilegio de las madres, porque lo que veía era a su hijo contento, y eso tenía un valor propio, independiente de sus causas, independiente incluso de si esas causas eran lo que él decía que eran.

Caritino tomó un sorbo de café, ya frío, sin que eso pareciera importarle. Había en él, en ese momento, una especie de impermeabilidad a lo circunstancial, como si los detalles menores —la temperatura del café, la hora, la luz que menguaba afuera— no tuvieran acceso al territorio donde él residía en ese instante.

—Ha sido —concluyó— una jornada particularmente ilustrativa.

Miguelina no respondió de inmediato. Se levantó, volvió a la estufa y sirvió comida en un plato limpio, quizá un poco más de lo habitual, con ese exceso discreto que es también una forma de decir algo que no se sabe cómo decir de otra manera.

—Come —dijo—. No se te vaya a enfriar.

Caritino aceptó el plato con una inclinación leve, casi protocolaria.

Mientras comenzaba a comer, el brillo del saco se apagaba poco a poco bajo la luz doméstica, como si aquel resplandor no pudiera sostenerse fuera de los espejos que lo habían multiplicado horas antes. Las lentejuelas seguían ahí, pero quietas, guardando para sí lo que ya no había a quién devolver.

En su rostro, sin embargo, permanecía una expresión serena, convencida, intacta.

Para él, la conversación había ocurrido exactamente como la recordaba.

Y eso era lo único que importaba. No porque lo demás no existiera, sino porque lo demás, sencillamente, no contaba.

CAPÍTULO 2

El eco de la pregunta

La mañana siguiente no tuvo nada de extraordinaria, salvo para Caritino Aguado de la Rosa, quien despertó con una sensación difusa de continuidad, como si el día anterior no hubiera terminado del todo y persistiera aún en alguna forma suspendida en el aire de la habitación, entre los objetos quietos y la luz que comenzaba a filtrarse por la rendija de la cortina.

Se incorporó con cuidado, evitando arrugar la camisa que había dejado colgada en el respaldo de la silla, como si aún conservara en sus fibras un vestigio del momento vivido. La observó unos segundos antes de vestirse, deteniéndose en el cuello, en el punto exacto donde la pajarita había descansado, como si pudiera encontrar ahí una confirmación material de lo ocurrido. No la encontró, naturalmente, pero el hecho de buscarla le pareció un gesto apropiado para comenzar el día.

Desde la cocina, Miguelina ya estaba en movimiento. El sonido de los utensilios, el leve golpeteo de una taza contra el plato, el rumor constante de una rutina que no cambiaba y que, precisamente por no cambiar, constituía una especie de orden en el que ambos existían sin necesidad de negociarlo. Caritino se movió por el pasillo con esa compostura nueva que había adoptado desde la víspera, como si el cuerpo todavía no hubiera decidido si conservarla o devolverla.

—¿Ya te levantaste? —preguntó Miguelina, sin dejar de moverse.

—Sí, madre —respondió él, con una voz que buscaba mantenerse en ese tono grave que le había parecido adecuado la jornada anterior.

Se sentó a la mesa. Sin el saco dorado, su figura tenía una escala distinta, más doméstica, más cotidiana, como si la prenda no fuera simplemente ropa sino una declaración de intenciones que sin ella quedaba pendiente. Miguelina le sirvió café y lo observó con esa atención breve y precisa con que lo había observado toda la vida.

—¿Vas a ir otra vez hoy? —preguntó.

Caritino dudó apenas, no por falta de respuesta, sino por la necesidad de formularla con la precisión que el tema requería.

—Es probable —dijo—. Cuando se establece cierto nivel de interlocución, la continuidad se vuelve una posibilidad concreta. No asistir podría interpretarse como una señal equívoca.

Miguelina sirvió su propio café y se sentó frente a él.

—¿Y qué te dijeron de lo de ayer? —preguntó.

Caritino llevó la taza a los labios y bebió un sorbo breve.

—Hubo reacciones —respondió—. Algunas más evidentes que otras.

—¿Buenas reacciones? —preguntó Miguelina, con esa entonación neutra que podía ser curiosidad o cautela o las dos cosas a la vez.

—Interesadas —corrigió él—. Lo cual, en ciertos contextos, es incluso más significativo que lo bueno. Lo bueno es una valoración. El interés es una consecuencia.

Miguelina asintió con la concentración de quien sigue el hilo sin estar del todo segura de hacia dónde va.

Después del desayuno, Caritino se retiró a su habitación. Era un espacio reducido donde los objetos parecían haber llegado en distintos momentos de su vida y haberse quedado sin que nadie tomara la decisión de organizarlos de otra manera. Sobre la mesa, junto al cuaderno de tapas gastadas y los tres bolígrafos de los cuales solo uno funcionaba con certeza, reposaba su teléfono.

Lo tomó.

La pantalla mostró una serie de notificaciones acumuladas desde la noche anterior. Mensajes, menciones, fragmentos de conversaciones que se habían desarrollado en su ausencia y que ahora esperaban ser leídos con la paciencia de quien sabe que la información no pierde su valor por llegar tarde.

Abrió la primera notificación.

Un video.

Reconoció de inmediato la escena: el Salón de los Espejos, el atril, la figura de Serafín al fondo, y unos segundos después, su propia intervención comenzando con esa inclinación leve de cabeza que él había practicado sin practicarla, de manera natural, como un gesto que pertenecía al momento.

Observó con atención.

Su voz le resultó, por un instante, ligeramente distinta a como la recordaba. Más aguda en algunos tramos, aunque atribuyó eso a la acústica del salón, que sin duda no había sido diseñada pensando en la amplificación de ciertos registros. La imagen lo mostraba de perfil, captando el brillo del saco, el movimiento de las manos, la inclinación del cuerpo hacia el micrófono. Era una imagen que no había visto antes, y verla desde afuera introducía una perspectiva que requería un momento de ajuste.

Avanzó hasta la respuesta del presidente.

Asintió casi automáticamente, como si el gesto fuera la continuación natural de algo que había comenzado el día anterior y que el video simplemente retomaba.

Luego bajó a los comentarios.

El primero era breve. El segundo era más largo y contenía una pregunta sobre su identidad formulada con un tono que podía leerse de varias maneras. El tercero era un video de respuesta en el que alguien había tomado su intervención, le había añadido un fondo musical de cierta solemnidad y había subtitulado sus propias palabras con una tipografía que Caritino consideró innecesariamente llamativa, aunque reconoció que la selección de fragmentos era, en lo esencial, fiel al original.

Siguió bajando.

Había más. Bastante más. Una cantidad que no había anticipado y que, al verse de golpe, producía una especie de vértigo breve que él identificó no como incomodidad sino como la sensación natural de quien no está acostumbrado a la magnitud de ciertos fenómenos.

Cerró la aplicación.

Permaneció unos segundos con el teléfono en la mano, mirando la pantalla apagada, y luego lo dejó sobre la mesa con el cuidado de quien deposita algo que requiere ser manejado con criterio.

Tomó el cuaderno.

Lo abrió en la página siguiente a la última anotación y comenzó a escribir con esa letra apretada y vertical que era la suya, una letra que parecía querer ocupar el menor espacio posible sin renunciar a ninguna de sus partes. Anotó la fecha. El contexto de la intervención. La estructura de la pregunta, desglosada en sus componentes principales. La respuesta presidencial, resumida en dos líneas que conservaban lo esencial. Y al final, bajo una línea separadora trazada con regla, escribió una sección que tituló simplemente *Circulación*, donde consignó, con la objetividad de un registro técnico, que el material había tenido una difusión que excedía los canales habituales y que las reacciones, aunque diversas en su forma, compartían un denominador común: la atención sostenida.

Cerró el cuaderno.

Se levantó y se acercó al espejo que colgaba detrás de la puerta, un espejo estrecho y ligeramente inclinado que devolvía una imagen vertical, algo

alargada, que Caritino había aprendido a leer con los años sin tomarla del todo al pie de la letra. El cabello, peinado con la raya central y fijado con ese producto que cumplía su función sin excederse en los resultados. Los lentes, ajustados. La camisa, correctamente abotonada hasta el último botón.

Sin el saco la imagen era otra. No necesariamente peor, pero sí incompleta, como un argumento bien construido al que le falta la conclusión.

Extendió la mano hacia el respaldo de la silla.

El saco estaba ahí, inmóvil, con esa disposición tranquila de las cosas que saben que van a ser usadas. Lo tomó y lo sostuvo frente a sí un instante. Bajo la luz de la habitación el brillo era más discreto que en el Salón de los Espejos, pero no por eso menos real. Era el mismo brillo, simplemente en otro contexto, esperando el suyo.

Se lo puso.

Ajustó las solapas. Colocó la pajarita en su ángulo correcto. Volvió al espejo.

La figura que le devolvió la superficie estrecha era, con todos sus elementos reunidos, una figura que tenía sentido. Que tenía, si se quería usar esa palabra, coherencia. Caritino la observó con la misma atención objetiva con que había leído los comentarios, y llegó a una conclusión similar: había ahí algo que producía una reacción, y esa reacción, cualquiera que fuera su forma exacta, era preferible a la indiferencia.

Desde la cocina llegó la voz de Miguelina, con ese tono que usaba cuando decía algo que no era urgente pero que tampoco quería dejar sin decir.

—Caritino, ¿viste que en el grupo del edificio subieron algo de la conferencia de ayer?

Caritino no se movió de inmediato.

—¿Qué subieron? —preguntó.

—Un fragmento. Con un comentario de Doña Refugio.

Hubo una pausa.

—¿Y qué dice? —preguntó él, con una ecuanimidad que requirió un esfuerzo mínimo pero perceptible.

—Dice... —se escuchó a Miguelina ajustando los lentes— dice: *"Para que vean que en este edificio también hay gente que sale en la tele."*

Caritino procesó eso.

—¿Cuántas personas lo vieron? —preguntó.

—En el grupo somos treinta y uno —dijo Miguelina—. Aunque no todos leen todo.

Caritino asintió para sí mismo, con la gravedad tranquila de quien recibe un dato y lo incorpora a un sistema de interpretación que ya estaba funcionando.

Tomó su libreta, su teléfono, y salió de la habitación. Miguelina lo esperaba en el pasillo con la pajarita entre los dedos, porque siempre estaba un milímetro chueca y ese milímetro, aunque pequeño, era lo único que ella podía corregir antes de que se fuera.

La calle lo recibió con la indiferencia habitual, que es la forma en que la calle recibe a todos por igual, sin distinguir entre quienes regresan de algo ordinario y quienes regresan de algo que, al menos para ellos, no lo es. Caritino caminó con esa cadencia nueva que había adoptado sin proponérselo, un paso ligeramente más lento, ligeramente más deliberado, como quien sabe que hay tiempo suficiente porque el destino ya no es incierto.

Iba construyendo la pregunta del día siguiente.

Todavía no tenía forma definitiva, pero tenía dirección. Y la dirección, se dijo, es siempre lo primero. Las palabras llegan después, obedientes, cuando el pensamiento ya sabe adónde va.

El saco brillaba al sol de la mañana con esa insistencia suya, esa costumbre de llamar la atención que no dependía de la voluntad de quien lo llevaba puesto sino de su propia naturaleza. Dos personas lo miraron al cruzarse con él en la acera. Caritino no lo notó, o si lo notó, lo incorporó sin dificultad al conjunto de cosas que confirmaban lo que ya sabía.

Que algo había comenzado.

Y que él, naturalmente, era el centro de ese algo.

CAPÍTULO 3

Una pregunta de dimensión histórica

Caritino Aguado de la Rosa llegó doce minutos antes de lo habitual.

No porque lo hubiera planeado exactamente así, sino porque la pregunta que llevaba consigo desde la noche anterior tenía esa naturaleza particular de las cosas que urgen sin ser urgentes, que empujan sin que uno pueda señalar de dónde viene exactamente el empuje. La había terminado de formular pasada la medianoche, sentado a la mesa de su habitación con el cuaderno abierto y el único bolígrafo que funcionaba, y al releerla tres veces había llegado a la conclusión de que era, en todos sus componentes esenciales, una pregunta redonda.

El Salón de los Espejos estaba en esa fase previa al inicio en que los periodistas ocupan sus lugares con la informalidad estudiada de quien lleva suficiente tiempo haciendo lo mismo como para no necesitar apresurarse. Caritino avanzó por el pasillo central con una cadencia que él mismo habría descrito como mesurada, aunque desde afuera podría haberse leído de otra manera, quizá como la de alguien que camina midiendo cada paso porque el piso es nuevo o porque la ocasión lo requiere.

Vicenta Miravalles lo vio entrar desde su asiento habitual en la segunda fila. Lo observó el tiempo justo para registrar el saco —el mismo saco, constató, el mismo saco de la primera vez— y luego desvió la mirada hacia su libreta, donde ya había escrito la fecha y nada más.

Javierito Redondillo, en cambio, lo saludó con un gesto desde el costado, un movimiento de cabeza breve y algo impreciso que podía ser bienvenida o simplemente reconocimiento, la diferencia entre las dos cosas siendo, en ese contexto, bastante menor de lo que parecía.

—Compañero —dijo Javierito.

—Compañero —respondió Caritino, con una gravedad que la palabra no solía llevar consigo.

Se dirigió a la tercera fila y ocupó su lugar con ese cuidado particular que ponía siempre al sentarse, como si el acto de acomodarse en una silla fuera también una declaración de posición. Abrió el cuaderno. Releyó la pregunta. La encontró, una vez más, satisfactoria en su estructura y pertinente en su orientación. La cerró.

A su alrededor, las conversaciones previas seguían su curso habitual, ese murmullo colectivo que no se dirige a nadie en particular y que sin embargo llena el espacio con una función precisa: la de confirmar que todos están ahí y que el acto está a punto de comenzar.

Don Zenaído Carcaño instaló la cámara en el trípode con esa eficiencia silenciosa que era su modo natural de existir en los espacios. Teodorico Zamacona intercambió unas palabras con Rutilo Cañizales cerca de la pared lateral, y Rutilo anotó algo en su tableta con una expresión que no revelaba si lo anotado era importante o simplemente oportuno.

La puerta lateral se abrió.

Serafín Leyva Godínez entró con esa manera suya de ocupar el espacio sin reclamarlo, como si la sala simplemente se reorganizara en torno a su presencia por algún principio físico que no requería explicación. Saludó con la inclinación breve de siempre, ocupó su lugar detrás del atril y comenzó a hablar con esa cadencia que ya era, para los presentes, tan familiar como el sonido del edificio.

Caritino escuchó con la concentración de quien no está escuchando el contenido sino esperando el momento. Cada pausa del presidente era evaluada como una posible apertura. Cada transición temática, analizada como una oportunidad potencial. Su mano derecha descansaba sobre el cuaderno cerrado, no para abrirlo, porque la pregunta ya estaba memorizada, sino porque el contacto con la tapa le proporcionaba algo que habría sido difícil de nombrar con precisión.

Pasaron veinte minutos.

—Vamos a abrir para preguntas —anunció Serafín.

Las manos se levantaron con esa sincronía imperfecta que tenían siempre, algunas con decisión y otras con la cautela de quien no está

completamente seguro de tener algo que decir pero tampoco quiere quedarse sin decirlo. Caritino levantó la suya con una verticalidad que no era exactamente urgencia sino algo más parecido a la certeza de que el gesto era correcto.

Teodorico recorrió el conjunto con una mirada que clasificaba sin detenerse.

—Tercera fila —indicó.

Caritino se puso de pie.

El proceso de ponerse de pie, para él, no era simplemente levantarse. Implicaba una secuencia: primero el cuaderno cerrado sobre el asiento, luego las manos ajustando las solapas del saco, luego un instante breve de compostura antes de que comenzaran las palabras. Todo esto ocurría en el tiempo razonable de quien sabe lo que va a hacer, aunque desde ciertas perspectivas pudiera parecer también el tiempo de quien está ensayando algo en el último momento.

—Señor presidente —comenzó, con esa inclinación leve que ya había hecho suya como protocolo personal—, antes que nada permítame expresarle, en nombre de los ciudadanos que seguimos con atención y genuino interés el desarrollo de su proyecto de nación, un reconocimiento a la consistencia con que usted ha sostenido, frente a las adversidades propias de la gestión, la claridad de sus convicciones fundamentales.

Vicenta, en la segunda fila, no levantó la vista de la libreta. Escribió algo. Lo que escribió no era exactamente la frase que acababa de escuchar, aunque tenía con ella una relación.

Caritino continuó.

—Mi pregunta, señor presidente —dijo, y en ese punto hizo una pausa que él mismo habría calificado de estratégica— se inscribe en el marco de las grandes decisiones que han definido el rumbo de los pueblos a lo largo de la historia. Porque hay preguntas, señor presidente, que parecen pequeñas y sin embargo contienen en su interior una vastedad que no siempre es inmediatamente visible.

Javierito Redondillo abrió un poco más los ojos. No del todo, pero un poco.

—Mi pregunta —retomó Caritino, con la serenidad de quien ha llegado al punto que buscaba desde el principio— es la siguiente: dado que usted desayuna todos los días antes de venir a esta conferencia, ¿considera usted que el tipo de alimento que ingiere por la mañana tiene alguna influencia en la calidad de las decisiones que toma durante el día, y si es así, podría compartírnos si hay algún alimento en particular que usted asocie con sus mejores jornadas de gobierno?

Se hizo un silencio.

No el silencio de la expectativa, que tiene una textura tensa y hacia adelante, sino otro tipo de silencio, más horizontal, más difícil de clasificar, el silencio que se produce cuando un espacio no sabe exactamente cómo procesar lo que acaba de ocurrir en su interior.

Don Zenaido no movió la cámara. La mantuvo exactamente adonde estaba, apuntando al frente, con esa inmovilidad que en él podía significar varias cosas.

Vicenta cerró la libreta. La abrió. La volvió a cerrar.

Rutilo Cañizales, desde su posición lateral, llevó dos dedos a los labios con un gesto que podría haber pasado por reflexión.

Serafín Leyva Godínez miró a Caritino con una expresión que no era sonrisa, pero tampoco distancia, una expresión que llevaba años siendo difícil de leer y que probablemente había sido cultivada con ese propósito.

—Bueno —dijo—, es una pregunta... interesante.

Y a partir de ese punto su respuesta tomó el único camino posible para alguien con su experiencia: el de la amplitud. Habló del pueblo, habló de la energía que da el contacto con la gente, habló de cómo las mañanas en la conferencia eran, en sí mismas, un alimento de otra naturaleza, habló de la importancia del cuerpo y del espíritu como unidad, y cerró con una referencia a cierta fruta de temporada que le habían traído de Oaxaca y que, si bien no podía establecer una causalidad directa, sí había coincidido con una semana particularmente productiva.

Caritino escuchó con la concentración total de quien está recibiendo información de primera importancia. Asintió en tres ocasiones. Tomó nota en una cuarta, aunque el cuaderno ya estaba cerrado sobre el asiento, de modo que la nota fue mental, lo cual para él tenía el mismo valor, quizá más.

Cuando Serafín terminó, Caritino volvió a sentarse con esa misma secuencia inversa de antes: primero la compostura, luego las solapas, luego el cuaderno recuperado desde el asiento con ambas manos.

A su izquierda, a dos lugares de distancia, una periodista joven que asistía por tercera vez a la conferencia y que todavía no había decidido si lo que sentía era vocación o inercia, lo observó un momento con una expresión difícil de clasificar. Luego miró al frente. Luego volvió a mirarlo. Luego decidió que era mejor no seguir mirando.

La conferencia continuó. Hubo otras preguntas, otros temas, otros momentos que ocuparon el espacio con una densidad informativa variable. Pero para Caritino Aguado de la Rosa el núcleo del día ya había ocurrido, ya estaba registrado en el cuaderno que sostendría sobre las rodillas durante el resto de la sesión con la satisfacción tranquila de quien ha depositado algo valioso en el lugar que le corresponde.

Al terminar, mientras los periodistas recogían sus cosas con la prisa de quienes tienen a dónde ir, Caritino permaneció sentado un momento adicional, no por demora sino por ese instinto suyo de no mezclar la salida propia con la de los demás, como si la corriente general de personas fuera un contexto insuficiente para alguien que acababa de sostener un intercambio de esa naturaleza.

Se levantó cuando el salón estaba casi vacío.

Ajustó las solapas una vez más.

Y salió con esa cadencia deliberada que era ya, sin que él lo supiera del todo, una de las pocas cosas por las que varios de los presentes lo recordarían durante el resto de la semana.

CAPÍTULO 4

La trascendencia del método

La pregunta del desayuno había sido, Caritino lo sabía ahora con una claridad que el tiempo solo había afinado, un momento bisagra.

No porque la respuesta del presidente hubiera sido extraordinaria en su contenido —aunque sí lo era, si uno sabía escucharla— sino porque había revelado algo que él venía intuyendo desde hacía tiempo y que esa mañana había adquirido por fin la consistencia de una certeza: había un territorio vastísimo, prácticamente inexplorado en el periodismo nacional, que consistía en preguntarle al poder por las cosas que el poder nunca se esperaba que le preguntaran.

Las preguntas predecibles producían respuestas predecibles. Las preguntas verdaderamente originales, en cambio, obligaban al interlocutor a revelar algo que de otra manera permanecería oculto. Eso era, en el fondo, el periodismo de fondo. No el que arañaba la superficie con los temas del día, sino el que perforaba verticalmente hacia capas más profundas, más reveladoras, más humanas.

Él había encontrado ese método.

Por accidente, quizá, pero eso no le restaba mérito. Los grandes descubrimientos, se dijo, raramente se anuncian.

Lo registró en el cuaderno bajo el título *Fundamentos metodológicos*, con una letra más cuidada que la habitual, como si la importancia del contenido requiriera también una caligrafía a la altura.

Miguelina, que había pasado por el pasillo en ese momento y había visto la luz encendida bajo la puerta, llamó con los nudillos con esa suavidad que tenía cuando no quería interrumpir pero tampoco podía evitar asomarse.

—¿Estás escribiendo? —preguntó.

—Desarrollando un marco conceptual —respondió él, sin levantar la vista.

Miguelina procesó eso.

—¿Quieres té? —dijo finalmente.

—Por favor.

Era, pensó ella mientras ponía el agua a calentar, la respuesta más sencilla que le había dado en toda la semana.

Los días siguientes, Caritino los dedicó a lo que él llamaba internamente la fase de maduración, que consistía en dejar que la pregunta siguiente se

formara sola, sin forzarla, alimentándola apenas con lecturas dispersas, con fragmentos de noticias que abría y cerraba sin terminar de leer, con paseos cortos por la colonia en los que el saco dorado acompañaba con su brillo habitual, indiferente al clima y a la hora. La pregunta, había aprendido, no se construía. Se esperaba. Y cuando llegaba, llegaba completa, con su estructura ya resuelta, lista para ser transcrita.

Esta vez llegó un martes por la tarde, mientras pelaba una naranja sobre el fregadero.

Era, reconoció de inmediato, una pregunta extraordinaria.

La anotó antes de terminar de pelar la naranja, con las manos ligeramente húmedas y un trozo de cáscara todavía entre los dedos. No podía esperar. Las ideas de esa categoría no esperaban.

La mañana de la conferencia, Caritino llegó con una puntualidad que Javierito Redondillo, que llevaba tres años asistiendo sin haber llegado nunca antes de los últimos cinco minutos, observó con algo que no era exactamente admiración pero sí una forma de reconocimiento involuntario.

—Compañero —dijo Javierito.

—Compañero —respondió Caritino.

Era ya un saludo con historia, aunque breve.

Se instaló en la tercera fila con su ritual habitual. Cuaderno sobre las rodillas. Bolígrafo en el bolsillo interior del saco, no porque fuera a usarlo — la pregunta estaba memorizada con una fidelidad que habría honrado a cualquier actor de teatro— sino porque tenerlo ahí le proporcionaba una sensación de completitud que resultaba difícil de explicar racionalmente pero que no por eso era menos real.

Vicenta Miravalles llegó dos minutos después y ocupó su lugar en la segunda fila sin mirar hacia los costados, con esa concentración previa al inicio que era en ella una forma de territorio personal. Aunque, al pasar junto a la tercera fila, sus ojos se detuvieron una fracción de segundo en el saco. Solo una fracción. Luego siguió.

La conferencia comenzó con su cadencia habitual. Serafín habló de infraestructura, de cifras del trimestre, de un acuerdo bilateral que estaba en fase de revisión y cuyos detalles no podían compartirse todavía pero que representaban, en su opinión, un avance significativo en la dirección correcta. Teodorico administraba los tiempos desde el lateral con esa eficiencia suya que no necesitaba hacerse visible para funcionar.

Rutilo Cañizales tomaba notas en la tableta. En un momento dado se inclinó levemente hacia Teodorico y le dijo algo en voz baja. Teodorico asintió sin apartar la vista del salón.

—Preguntas —anunció Serafín.

Las manos.

Teodorico recorrió el salón.

—Tercera fila.

Caritino se puso de pie con esa secuencia que ya era reconocible para quienes lo habían visto antes: el cuaderno al asiento, las solapas, el instante de compostura. Javierito, a su derecha, destapó el bolígrafo con un gesto que podría haber sido preparación o simplemente un hábito nervioso. La periodista joven que había asistido la semana anterior y que, contra todo pronóstico, había vuelto, lo miró desde el costado con una mezcla de curiosidad y algo que se parecía a la anticipación, aunque ella misma no habría sabido decir de qué.

—Señor presidente —comenzó Caritino, con la inclinación de cabeza que ya era su firma—, antes que nada permítame expresarle, en nombre de quienes seguimos con atención genuina el desarrollo de este proyecto histórico, un reconocimiento a la fortaleza con que usted sostiene cotidianamente el peso de una responsabilidad que pocos en este país comprenden en toda su dimensión.

Don Zenaido ajustó el encuadre muy levemente. Casi nada. Lo suficiente.

—Mi pregunta, señor presidente —continuó Caritino, con esa pausa que ya también era reconocible—, se sitúa en el plano de lo que podríamos llamar la geografía íntima del liderazgo. Porque hay dimensiones del ejercicio del poder que los análisis convencionales no alcanzan a capturar, y que sin embargo son, quizá, las más determinantes.

Vicenta tenía el bolígrafo suspendido sobre la libreta en un ángulo que no era exactamente el de quien escribe sino el de quien ha decidido esperar antes de comprometerse con cualquier movimiento.

—Mi pregunta es la siguiente —dijo Caritino, y en su voz había una serenidad que en otro contexto podría haber pasado por sabiduría—: ¿Cuándo usted tiene que tomar una decisión de Estado verdaderamente difícil, prefiere hacerlo sentado o de pie, y considera que la postura corporal que adopta en esos momentos influye de alguna manera en la naturaleza de la decisión que finalmente toma?

El silencio que siguió tenía una densidad particular.

Era el silencio de un salón que había aprendido, en poco tiempo, a no reaccionar de manera visible a ciertas cosas, y que sin embargo no podía evitar que ese aprendizaje se manifestara en su propia forma de no reaccionar, que era tan expresiva, a su manera, como cualquier reacción abierta.

Don Zenaido no movió la cámara.

Rutilo llevó la mano a la tableta y luego la retiró sin escribir nada.

Javierito tenía el bolígrafo apoyado sobre el cuaderno, en equilibrio, y lo observaba como si su comportamiento fuera un indicador de algo.

Serafín Leyva Godínez miró a Caritino durante el tiempo exacto que miraba a todos antes de responder, ni más ni menos, con esa equidad que era una de sus pocas virtudes indisputables.

—Es una pregunta —dijo— que toca algo que no suele tocarse.

Y desde ese punto su respuesta se desplegó con la habilidad del político experimentado que encuentra en cualquier pregunta, por inesperada que sea, una superficie desde la cual rebotar hacia el territorio que le es propio. Habló de la importancia del cuerpo en la toma de decisiones, citó de memoria a algún filósofo cuyo nombre pronunció con una seguridad que no permitía verificación inmediata, mencionó que él personalmente tendía a caminar cuando pensaba en los asuntos más graves, que el movimiento le daba una perspectiva que la quietud no siempre proporcionaba, y cerró con una reflexión sobre la diferencia entre decidir y resolver, que no era la misma cosa aunque a veces se confundieran.

Caritino escuchó con la misma concentración total de siempre. Asintió cuatro veces, una más que la semana anterior. Tomó una nota mental que clasificó internamente bajo el subtítulo *Epistemología del cuerpo en el ejercicio del poder*, una categoría que no existía en su cuaderno todavía pero que abriría esa misma tarde, con la letra cuidada de los títulos importantes.

Cuando volvió a sentarse, la periodista joven que estaba en el costado escribió algo en su teléfono con una velocidad que sugería que lo que escribía no era exactamente un artículo.

A dos filas de distancia, Vicenta Miravalles cerró la libreta por segunda vez en dos semanas sin haber escrito una sola línea durante la intervención de Caritino. No era que no hubiera nada que escribir. Era, más bien, que lo que había era de una naturaleza que requería otro tipo de registro, o quizá ninguno, quizá simplemente ser guardado en esa parte de la memoria que no necesita palabras para conservarse.

La conferencia continuó.

Y Caritino Aguado de la Rosa permaneció en su asiento de la tercera fila con el cuaderno sobre las rodillas y esa expresión suya de hombre que ha cumplido con algo que importa, una expresión que no se modificaba con el entorno ni con el tiempo, que era impermeable a la temperatura del salón, al rumor de los demás, a la luz que caía sesgada desde los ventanales altos.

Era, en su propia estimación, un hombre con un método.

Y el método, hasta donde podía verse, estaba funcionando.

Pensó con certeza que la próxima vez, en lugar de preguntar algo a su amigo el presidente, ya cabría la posibilidad de hacerle una sugerencia para mejorar el desempeño del gobierno de cara a la nación.

Sí... decidió que propondría algo realmente trascendente.

Serafín antes de salir del recinto, le pidió a Rutilo que se acercara y le dijo solamente:

—Quiero que sientes en la fila delantera al joven que me hace esas preguntas raras, pero que me dan la oportunidad de decir cosas que me conectan de mejor manera con el pueblo.

Rutilo asintió presuroso y tomo nota de la orden.

CAPÍTULO 5

Una propuesta de fondo

Caritino llegó esa mañana con la puntualidad de siempre y avanzó por el pasillo central con esa cadencia deliberada que había ido perfeccionando sin proponérselo, como se perfeccionan las cosas que se repiten con convicción. Llevaba la propuesta en el cuaderno, en el bolsillo interior del saco, y también memorizada con una fidelidad que consideraba apropiada para la ocasión. Era, de las tres versiones, la tercera la más segura, aunque las otras dos no estaban de más.

Se dirigió hacia la tercera fila.

Rutilo Cañizales lo interceptó antes de que llegara, con esa aparición suya de quien no viene de ningún lado en particular sino que simplemente está donde necesita estar.

—Compañero Aguado —dijo, con un tono que no era exactamente cálido pero tampoco distante, el tono neutro y funcional de quien transmite una instrucción sin cargarla de más significado del estrictamente necesario—, a partir de hoy le asignamos lugar en la segunda fila. Aquí, junto al pasillo.

Señaló el asiento con una brevedad que no admitía discusión, aunque tampoco la provocaba.

Caritino miró el asiento.

Miró a Rutilo.

Volvió a mirar el asiento.

—Segunda fila —repitió, con una voz que buscaba mantenerse ecuánime y que lo lograba, aunque con un esfuerzo que desde adentro se sentía mayor que desde afuera.

—Así es —confirmó Rutilo, y ya se estaba alejando.

Caritino se quedó un momento de pie junto al asiento nuevo, no por indecisión sino por la necesidad de procesar lo que acababa de ocurrir con la atención que merecía. La segunda fila. Una fila más cerca del atril. Una fila menos entre él y el presidente. No era un detalle menor. Era, si se pensaba bien, que él estaba pensándolo, una señal de una claridad que no requería interpretación sino simplemente reconocimiento.

Se sentó.

Acomodó el cuaderno sobre las rodillas.

Ajustó las solapas.

Vicenta Miravalles, que ocupaba su lugar habitual dos asientos más allá en la misma fila, notó el cambio sin girarse del todo, con esa visión periférica que los periodistas de largo recorrido desarrollan como quien desarrolla un músculo. No dijo nada. Abrió la libreta y escribió la fecha en la parte superior de la página con una precisión que no era urgencia sino simplemente el gesto de quien pone orden antes de que las cosas empiecen.

Javierito Redondillo, al ver a Caritino en la segunda fila, frenó un instante en el pasillo con la grabadora en la mano, procesó la nueva geografía del salón, y ocupó su lugar habitual en el costado con la expresión de quien archiva un dato sin saber todavía en qué carpeta ponerlo.

Fernanda Inclán Perrusquía llegó poco después y buscó con la mirada la tercera fila antes de encontrar a Caritino una fila más adelante. Escribió algo en el teléfono. Lo que escribió era breve.

La conferencia comenzó.

Serafín Leyva Godínez entró, ocupó el atril, y desplegó su cadencia habitual sobre los asuntos del día. Desde la segunda fila, Caritino lo veía con una proximidad ligeramente distinta, más directa, sin la cabeza de nadie interpuesta en el ángulo de visión. Era, observó, una perspectiva que ofrecía matices que desde la tercera fila no eran del todo accesibles. Lo registró mentalmente bajo una categoría que todavía no tenía nombre pero que tenía que ver con la relación entre la distancia física y la calidad de la escucha.

Cuando llegó el momento de las preguntas, las manos se levantaron con la sincronía imperfecta de siempre.

Teodorico recorrió el salón.

Sus ojos se detuvieron en la segunda fila con una naturalidad que, para quien lo conocía, era la naturalidad de algo previsto.

—Segunda fila —indicó.

Caritino se puso de pie.

La secuencia era la misma: el cuaderno al asiento, las solapas, el instante de compostura. Pero desde la segunda fila la distancia al micrófono era menor, y eso introducía una variable nueva que él absorbió sin dificultad, ajustando el volumen de su voz a lo que la proximidad requería con la adaptabilidad del profesional que no pierde el hilo por un cambio de condiciones.

—Señor presidente —comenzó, con la inclinación de cabeza de siempre—, antes que nada permítame expresarle, en nombre de los ciudadanos que hemos seguido con genuina convicción el desarrollo de este proyecto de transformación nacional, un reconocimiento a la coherencia con que usted ha sostenido, frente a las presiones de los poderes fácticos y las resistencias del conservadurismo, el principio rector que ha guiado cada una de sus decisiones de gobierno.

Don Zenaido, detrás de la cámara, hizo un ajuste mínimo en el encuadre. Desde la segunda fila, el saco quedaba con una luz ligeramente diferente. Mejor, en su opinión técnica.

—Me refiero —continuó Caritino— a ese principio que usted ha enunciado con una claridad que no admite interpretaciones: que en su gobierno los pobres están primero. Primero los pobres, señor presidente. Esas palabras, que usted ha repetido con la convicción de quien no repite un eslogan sino una verdad, han calado hondo en millones de mexicanos que por primera vez en su historia se sienten reconocidos, nombrados, incluidos en el proyecto de nación.

Serafín asintió con la gravedad que ese enunciado merecía y que él administraba con una precisión que también era, a su manera, un método.

Caritino tomó aire.

—Sin embargo, señor presidente —dijo, y en ese *sin embargo* había una inflexión apenas perceptible, la bisagra entre el reconocimiento y lo que venía después—, al revisar con detenimiento el calendario oficial de la República, he encontrado una omisión que, con el respeto que el tema merece, resulta cuando menos llamativa para cualquier observador que se tome en serio la congruencia entre los principios declarados y las expresiones formales del Estado.

Vicenta tenía el bolígrafo en la mano. Lo sostenía con una quietud que no era espera sino algo más parecido a la suspensión, como quien contiene la respiración sin haber tomado la decisión consciente de hacerlo.

—Contamos en nuestro calendario —prosiguió Caritino, con el tono reposado de quien presenta un argumento construido a lo largo de noches de trabajo riguroso— con el Día del Maestro, el Día del Médico, el Día del Enfermero, el Día del Cartero, el Día del Ferrocarrilero. Hay incluso, señor presidente, un Día del Notario.

Hizo una pausa.

No larga. Solo la necesaria.

Rutilo Cañizales, desde su posición lateral, levantó la vista de la tableta con un movimiento que no era exactamente brusco pero que tampoco era el movimiento habitual de quien simplemente mira hacia arriba.

—Y sin embargo —dijo Caritino, con una serenidad que habría resultado admirable en otro contexto— en ningún rincón del almanaque oficial de esta República existe un Día del Pobre.

El silencio que siguió tenía esa textura particular que ya algunos en el salón habían aprendido a reconocer como exclusiva de las intervenciones de Caritino, un silencio que no era el de la expectativa ni el de la perplejidad sino algo intermedio y más difícil de clasificar, como el silencio que se produce cuando un espacio no sabe exactamente cómo procesar lo que acaba de ocurrir en su interior pero tampoco puede permitirse procesarlo de manera visible.

Javierito Redondillo tenía la grabadora apuntada con una firmeza que no era habitual en él, el brazo extendido, el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, con la postura de quien no quiere que nada se interponga entre el micrófono y lo que está por venir.

Fernanda Inclán Perrusquía ya no escribía. Miraba.

—Mi propuesta, señor presidente —dijo Caritino, y la palabra *propuesta* la depositó en el aire con el cuidado de quien coloca algo frágil sobre una superficie que espera estar a la altura—, es que este gobierno, congruente con sus principios, congruente con esa brújula de justicia social que lo ha orientado desde el primer día, decreta oficialmente en el calendario nacional el Día del Pobre. Un día al año, señor presidente. Un día en que este país se detenga a reconocer, a honrar, a visibilizar a quienes han sido el motor silencioso de nuestra historia y el centro declarado de su proyecto de nación.

Concluyó con la inclinación de cabeza de siempre, recogió el cuaderno del asiento y volvió a sentarse con esa compostura que no variaba, que era en él una constante tan estable como el saco y la pajarita.

El silencio duró lo que duran esas cosas.

Serafín lo resolvió con la habilidad que solo dan los años.

—Es una propuesta —dijo— que viene del corazón.

Y desde ahí su respuesta se desplegó con la arquitectura conocida: la dignidad de los que menos tienen, la deuda histórica de la nación, los trescientos sesenta y cinco días de compromiso que no necesitaban un decreto para existir pero que quizá sí necesitaban, en el plano de lo simbólico, una expresión formal que los hiciera visibles para quienes todavía no terminaban de verlos. Reconoció que la propuesta merecía ser analizada con la seriedad que su origen inspirado le confería y cerró con una frase sobre la diferencia entre gobernar para todos y gobernar pensando en los que más lo necesitan, que no era la misma cosa aunque a veces se usaran como si lo fueran.

Caritino asintió cinco veces.

Era, contó internamente con la precisión objetiva de quien lleva un registro, un récord personal.

Don Zenaido bajó la cámara al terminar el intercambio, la miró un segundo con esa expresión suya de tasador que no revela el valor antes de tiempo, y la volvió a subir.

Vicenta Miravalles escribió por fin algo en la libreta. Una sola línea, en la parte inferior de la página, separada del resto por un espacio en blanco que sugería que necesitaba distancia de cualquier otra cosa que pudiera estar cerca. No era una nota periodística en el sentido estricto. Era más bien el tipo de frase que uno escribe para sí mismo, para no olvidar que lo vio, que estuvo ahí, que fue real.

Fernanda Inclán Perrusquía guardó el teléfono con la calma de quien ya tiene lo que vino a buscar.

Y Caritino Aguado de la Rosa permaneció en su nuevo asiento de la segunda fila, una fila más cerca del poder que la semana anterior, con el cuaderno sobre las rodillas y la pajarita borgoña perfectamente centrada y el saco devolviendo la luz de los ventanales en esos destellos suyos, breves e intermitentes, que no dependían de la voluntad de nadie.

Desde el lateral, Rutilo Cañizales anotó algo en la tableta con la economía de gesto de quien cumple una instrucción que ya estaba prevista.

La orden de Serafín había sido sencilla y su resultado, hasta donde podía verse esa mañana, era exactamente el que había anticipado: las preguntas del hombre del saco dorado le daban espacio para decir cosas que los demás no le preguntaban, cosas que conectaban, que llegaban, que tenían esa temperatura particular de lo verdadero dicho sin cálculo.

Que el hombre del saco dorado no tuviera la menor idea de que estaba siendo usado para ese propósito era, en la economía general del asunto, un detalle sin consecuencias.

O al menos eso pensaba Serafín.

Lo que Serafín no sabía, porque nadie se lo había dicho y él mismo no lo habría creído de haberlo escuchado, era que Caritino Aguado de la Rosa tampoco tenía la menor idea de que estaba usando al presidente para exactamente el mismo propósito.

Que ambos se creyeran el centro de ese intercambio era, pensándolo bien, lo más democrático que había ocurrido en el Salón de los Espejos en mucho tiempo.

Serafín antes de salir, volvió a llamar a Rutilo para darle más instrucciones.

—Te dije que sentaras a ese muchacho en la primera...no en la segunda fila... tiene intervenciones interesantes y útiles para mi discurso. Mañana lo quiero ver en primera fila... y ¡Ah! Por cierto, dale unos tres sacos diferente al que ha traído porque si queremos que sea visible, no queremos que los conservadores empiecen a burlarse de él...

—Lo que usted diga señor presidente— contestó simplemente Rutilo y pensó de inmediato en un saco plateado de brillo espectacular.

CAPÍTULO 6

El observador

Aristeo Bolaños Fumarola llevaba cuarenta y un años cubriendo el poder.

No era una cifra que él mencionara con frecuencia, porque los periodistas que mencionan con frecuencia cuántos años llevan haciendo algo suelen ser los que ya dejaron de hacerlo bien. Pero la cifra existía, y su peso se notaba en la manera en que se movía por el Salón de los Espejos, en la manera en que escuchaba, en la manera en que sus ojos se detenían en los

detalles que otros no registraban o registraban sin saber qué hacer con ellos.

Había cubierto cinco presidencias. Había visto grandilocuencia y había visto miseria, y había aprendido, con los años, que las dos cosas podían presentarse simultáneamente en el mismo rostro, en el mismo discurso, incluso en la misma frase. Eso no lo amargaba. Lo hacía preciso.

Esa mañana llegó al salón con el bloc de siempre, el mismo modelo que usaba desde hacía veinte años porque había encontrado en él un tamaño y una consistencia que no necesitaban mejora, y ocupó su lugar en la primera fila con la tranquilidad de quien sabe que el espacio le pertenece no por derecho sino por presencia acumulada. Saludó a Vicenta Miravalles con una inclinación breve. Vicenta le devolvió el saludo con una expresión que contenía algo más que cortesía, algo parecido al alivio de quien ve llegar a alguien con quien no hace falta explicar nada.

Aristeo notó al hombre del saco.

No era difícil notarlo. El saco tenía esa cualidad de los objetos que no piden permiso para ser vistos. Pero Aristeo lo notó de una manera distinta a como lo notaban los demás: con el ojo del que clasifica, del que ubica, del que en cuarenta y un años ha visto suficientes variantes del mismo fenómeno como para reconocerlo antes de que termine de presentarse.

Lo había visto antes, en otras conferencias, en otras administraciones. No al mismo hombre, naturalmente. Pero sí al mismo tipo de hombre. Al que llega con una pregunta que no es una pregunta. Al que construye en torno al poder una liturgia personal en la que él mismo oficia sin saberlo. Al que el poder, a su vez, usa con la eficiencia indolora de quien aprovecha lo que encuentra sin necesidad de haberlo fabricado.

Lo que era nuevo, en este caso, era la escala.

La conferencia comenzó. Aristeo escuchó a Serafín con la atención del que ya no necesita tomar nota de todo porque sabe distinguir lo que importa de lo que simplemente ocupa espacio. Escribió tres líneas durante la primera media hora. Tres líneas eran, para él, bastante.

Cuando llegó el momento de las preguntas, observó a Teodorico con una atención particular. Vio cómo sus ojos recorrían el salón y se detenían, con esa naturalidad de lo previsto, en la primera fila, en el extremo junto al pasillo, donde esa mañana había aparecido el hombre del saco con uno distinto al de las semanas anteriores, un saco plateado de un brillo que hacía al anterior parecer discreto, un saco que Aristeo miró con la expresión contenida de quien ha decidido no reaccionar de manera visible a ciertas cosas pero que internamente ha tomado nota con una precisión considerable.

—Primera fila —indicó Teodorico.

Caritino se puso de pie.

Aristeo lo observó durante toda la intervención con esa atención suya, quieta y total, sin escribir nada, con el bloc cerrado sobre las rodillas y los ojos fijos en un punto que no era exactamente el rostro de Caritino sino algo más general, el conjunto, la escena, el presidente escuchando con gravedad apropiada, el salón conteniendo algo que no podía nombrarse sin nombrarlo, el saco plateado devolviendo la luz de los ventanales en destellos que alcanzaban los muros y los espejos y se multiplicaban en versiones sucesivas hasta perder la cuenta.

Cuando terminó, Aristeo abrió el bloc.

Escribió una línea.

La subrayó.

Esa tarde, en la redacción de La Razón Pública, Aristeo Bolaños Fumarola se sentó frente a la pantalla con el bloc abierto junto al teclado y escribió la columna con la velocidad de quien no está buscando las palabras porque ya las tiene, porque llevan días formándose sin que él las convocara explícitamente y ahora simplemente llegan en el orden en que deben llegar.

La tituló: *El tiempo del erario.*

Comenzaba así:

Hay un personaje nuevo en las conferencias matutinas del presidente Leyva Godínez. No es nuevo en el sentido de reciente, porque lleva ya varias semanas asistiendo con una regularidad que merece reconocerse. Es nuevo en el sentido de que no existía antes en el ecosistema de estas reuniones, o al menos no con esta forma, no con esta visibilidad, no con este saco.

El personaje en cuestión es un hombre delgado, de presencia singular, que ocupa ahora la primera fila por disposición que nadie en el salón ha explicado pero que todos han registrado. Se llama, según pude averiguar con la discreción que el tema merece, Caritino Aguado de la Rosa. Es un nombre que tiene, hay que reconocerlo, una elocuencia propia.

El señor Aguado de la Rosa formula preguntas. Las formula con una seriedad que no admite ironía, con una estructura que sugiere preparación, con una introducción que en ocasiones supera en extensión a la pregunta misma. Ha preguntado al presidente sobre la influencia del desayuno en las decisiones de Estado. Ha preguntado si prefiere decidir sentado o de pie. La semana pasada propuso, con una solemnidad que habría honrado a cualquier tribuno, la creación de un Día del Pobre en el calendario oficial de la República, señalando con rigor enciclopédico que existe un Día del Notario pero no uno dedicado a quienes el presidente ha declarado centro y destino de su proyecto de nación.

No voy a burlarme del señor Aguado de la Rosa.

No porque no haya materia para ello, sino porque la burla sería un lujo que no me puedo permitir cuando lo que está en juego no es su figura sino lo que su figura revela.

Lo que revela es esto: el presidente de la República, en sus conferencias matutinas, dedica tiempo, atención y la considerable maquinaria retórica que ha perfeccionado en décadas de vida pública, a responder con aparente seriedad preguntas que un observador caritativo calificaría de curiosas. Lo hace bien, hay que decirlo. El presidente es un hombre que sabe encontrar en cualquier pregunta una superficie desde la cual hablar de lo que quiere hablar. La pregunta sobre el desayuno le permitió reflexionar sobre la energía popular. La pregunta sobre la postura corporal derivó en una meditación sobre el cuerpo y el espíritu en el ejercicio del poder. La propuesta del Día del Pobre le dio ocasión para reiterar, con emoción genuina o con su equivalente funcional, los principios de justicia social que constituyen el eje declarado de su gobierno.

Es un intercambio, si se quiere verlo así, perfectamente eficiente.

Lo que no es eficiente es el uso del tiempo. Ni del presidente, que es un recurso escaso aunque no siempre se administre como tal, ni del espacio de la conferencia, que fue concebido como un mecanismo de rendición de cuentas y que en los últimos años ha derivado, con una gradualidad que hace difícil señalar el momento exacto en que ocurrió el cambio, en algo que se parece más a una puesta en escena que a un ejercicio de transparencia.

El señor Aguado de la Rosa no es el síntoma de una patología nueva. Es la versión más visible, más fotogénica, más literalmente brillante de algo que lleva tiempo ocurriendo en ese salón: la sustitución progresiva de la pregunta incómoda por la pregunta que confirma, de la interpelación por el elogio con signo de interrogación, del periodismo por su simulacro.

Que el señor presidente haya decidido sentarlo en primera fila es, en ese contexto, un gesto que habla por sí solo.

No con crueldad. No con malicia. Con esa lógica tan particular de los sistemas que se autoorganizan para perpetuarse: cada pieza encuentra su lugar, cada función encuentra a quien la cumpla, y el conjunto sigue funcionando con una eficiencia que desde adentro parece orden y desde afuera, para quien lleva suficientes años mirando, parece otra cosa.

Yo le deseo al señor Aguado de la Rosa una larga y próspera carrera. Tiene, sin duda, vocación. Tiene constancia. Tiene un saco que no olvidaré en lo que me queda de vida profesional.

Lo que le deseo al país es que en alguna de esas mañanas, en alguna de esas conferencias, alguien en ese salón haga la pregunta que nadie está haciendo.

Aunque ya no sé muy bien si alguien en ese salón sabe cuál es.

La columna se publicó al día siguiente en la edición impresa de La Razón Pública y en el sitio web a las seis de la mañana, que era la hora en que Aristeo Bolaños Fumarola autorizaba siempre la publicación de sus textos, porque había aprendido que las cosas escritas con cuidado merecen

también ser leídas a una hora en que el lector todavía tiene la cabeza despejada.

Tuvo, para los estándares del diario, una circulación considerable.

Vicenta Miravalles la leyó antes de las siete y no escribió nada durante una hora.

Javierito Redondillo la leyó, la releyó, y luego buscó en el teléfono quién era Aristeo Bolaños Fumarola, porque el nombre le resultaba familiar pero no completamente ubicado.

Fernanda Inclán Perrusquía la compartió con un solo comentario: *Léanlo*.

Don Zenaido Carcaño la leyó en papel, porque seguía suscrito al impreso, con el café de la mañana, sin prisa, de principio a fin, y al terminar dobló el periódico con el cuidado de quien guarda algo que puede necesitar más adelante.

Rutilo Cañizales la leyó en la tableta y luego se quedó un momento mirando la pantalla con esa expresión suya que no revelaba nada pero que, para quien lo conocía bien, significaba que estaba calculando.

Caritino Aguado de la Rosa no la leyó.

No porque no hubiera llegado a sus manos, sino porque esa mañana había amanecido con la estructura de una nueva propuesta en la cabeza —esta vez relacionada con la posibilidad de que el himno nacional incorporara una estrofa adicional dedicada a los que menos tienen— y había decidido, con la disciplina del método, que durante la fase de maduración era preferible no distraerse con lecturas que pudieran interferir con el proceso.

Además, La Razón Pública nunca le había parecido un diario especialmente relevante.

Decidió proponer que el himno debía llevar una estrofa adicional que ensalzara la figura del gran prócer que era el presidente Serafín Leyva Godínez.

CAPÍTULO 7

La estrofa que faltaba

La propuesta del himno había llegado, como las mejores ideas, sin anunciarse.

Caritino estaba en la ducha cuando ocurrió, que era un lugar donde él mismo había notado que las ideas de mayor calado tendían a aparecer con una frecuencia superior a la del promedio, quizá por la ausencia de distracciones, quizá por algo relacionado con el agua y la temperatura y la manera en que el vapor suspendía el tiempo lo suficiente como para que el pensamiento encontrara su forma sin interferencias.

No era una teoría que hubiera desarrollado del todo, pero la tenía anotada en el cuaderno bajo el subtítulo *Condiciones favorables para la generación*

conceptual, junto a otras observaciones de naturaleza similar que algún día, pensaba, podrían constituir un texto de cierto interés metodológico.

La idea, en su forma inicial, era esta: el Himno Nacional Mexicano, en su versión oficial y canónica, honraba la patria, el soldado, la guerra, la historia. Todo ello era legítimo y necesario. Pero había en ese catálogo una ausencia que, una vez vista, resultaba difícil de ignorar: no había en el himno ninguna referencia al ciudadano común, al hombre sencillo, al que trabaja y calla y sostiene con su esfuerzo cotidiano el edificio que otros habitan con más comodidad. Y tampoco había, en ninguna de sus estrofas, un reconocimiento a quienes desde el poder habían dedicado su vida a servir a ese ciudadano con una entrega que la historia, tarde o temprano, sabría valorar en su justa dimensión.

Era, en síntesis, una laguna.

Y las lagunas, había aprendido Caritino, no se lamentaban. Se llenaban.

Salió de la ducha con la estructura de la propuesta ya bastante avanzada. Se vistió con la concentración del que tiene prisa sin tenerla, esa prisa interior que no se manifiesta en los movimientos pero que los organiza de una manera distinta. El saco plateado, que había estrenado la semana anterior y que había recibido una atención del salón que él interpretó como el reconocimiento natural a una elección estética de cierta audacia, colgaba del respaldo de la silla con esa disposición suya de prenda que sabe lo que es.

Se lo puso.

Se miró.

Asintió.

Miguelina apareció en el marco de la puerta con el café, que le extendió sin entrar del todo, como quien respeta el perímetro de un espacio que esa mañana tenía una temperatura particular.

—¿Ya tienes la pregunta? —preguntó.

—No es una pregunta —dijo Caritino, tomando la taza—. Es una propuesta.

Miguelina asintió.

—¿Como la del Día del Pobre?

Caritino bebió un sorbo antes de responder.

—De mayor alcance —dijo.

Miguelina consideró eso un momento.

—¿Quieres que te plancho la camisa?

—Ya está planchada.

—Ah —dijo Miguelina—. Bien.

Y se retiró con esa discreción suya de siempre, que no era indiferencia sino una forma de respeto que había desarrollado a lo largo de los años hacia las mañanas en que su hijo llegaba al desayuno con esa mirada de quien lleva

algo importante consigo y prefiere no hablarlo hasta que esté listo, si es que alguna vez llegaba a estarlo.

En el Salón de los Espejos, Caritino ocupó su lugar en la primera fila con la naturalidad de quien ya no recuerda haber estado en otra parte. El saco plateado captó la luz de los ventanales con una generosidad que el dorado, en su momento, también había tenido, aunque eran brillos de naturaleza distinta: el dorado era cálido, doméstico casi; el plateado era más frío, más expansivo, más propio, pensó él, de la etapa en que se encontraba actualmente.

Fernanda Inclán Perrusquía llegó y lo miró un segundo más de lo habitual antes de sentarse. Escribió algo en el teléfono. Lo que escribía últimamente sobre Caritino lo hacía con menos palabras y más precisión, como quien ha pasado de la descripción a la síntesis porque el fenómeno ya no necesita ser explicado, solo registrado.

Aristeo Bolaños Fumarola no estaba esa mañana. Su silla en la primera fila permanecía vacía con esa elocuencia particular de los asientos que pertenecen a alguien.

Vicenta Miravalles ocupaba el suyo con la libreta ya abierta, lo cual era, para quienes la conocían, un indicador de algo, aunque no quedaba del todo claro de qué.

La conferencia comenzó. Serafín habló de los avances en el programa de vivienda, de las cifras de empleo del trimestre, de una visita de Estado que estaba en proceso de coordinación y cuyos detalles protocolarios no podían compartirse todavía. Caritino escuchó con la atención del que espera su momento, que es una atención diferente a la del que escucha para entender, más estrecha, más orientada, más parecida a la del músico que sigue la partitura buscando el compás de su entrada.

—Preguntas —anunció Serafín.

Teodorico recorrió el salón.

Se detuvo en la primera fila con la brevedad de lo previsto.

—Primera fila.

Caritino se puso de pie.

El saco plateado, con la luz de esa mañana y desde esa distancia reducida al atril, producía un efecto que Don Zenaido registró con el ojo profesional de quien ajusta el diafragma antes de que nadie se lo pida y que Javierito, dos filas más atrás, procesó con una expresión que era la de alguien que está viendo algo por primera vez aunque ya lo haya visto antes.

—Señor presidente —comenzó Caritino, con la inclinación de cabeza de siempre—, antes que nada permítame expresarle, en nombre de los mexicanos que hemos encontrado en su gobierno una razón renovada para creer en las instituciones de esta República, un reconocimiento a la altura moral con que usted ha conducido los destinos de la nación en momentos

que la historia sabrá valorar con la justicia que el presente no siempre puede garantizar.

Serafín lo miraba con esa expresión suya que no era exactamente sonrisa pero que tampoco era distancia.

—Mi propuesta de hoy, señor presidente —continuó Caritino, con esa inflexión particular que reservaba para las palabras que consideraba bisagra— se inscribe en el ámbito de lo que los estudiosos de la cultura nacional llamarían el patrimonio simbólico de la República. Me refiero a esos elementos que no son materiales ni cuantificables pero que constituyen la columna vertebral de la identidad de un pueblo.

Vicenta tenía el bolígrafo en la mano. Quieto.

—El Himno Nacional Mexicano —dijo Caritino, y pronunció las cuatro palabras con una lentitud que las individualizaba, que les daba a cada una un peso propio— es una de las expresiones más altas de esa identidad. Sus estrofas han acompañado a este pueblo en sus momentos de mayor prueba y de mayor gloria. Las cantamos en las escuelas, en los estadios, en los actos cívicos, con una emoción que no ha disminuido con los años porque está anclada en algo que va más allá de la letra misma.

Rutilo Cañizales había dejado de escribir en la tableta.

—Sin embargo, señor presidente —dijo Caritino, y en ese *sin embargo* estaba, como siempre, la bisagra—, al estudiar con detenimiento las estrofas oficiales de nuestro himno, he encontrado que en su catálogo de honores, amplio y merecido, existe una ausencia que el momento histórico que vivimos permite, quizá por primera vez, corregir.

El salón tenía esa quietud que ya varios reconocían como la quietud específica de las intervenciones de Caritino, diferente a cualquier otra quietud del salón, con una textura propia.

—Nuestro himno honra al soldado, a la patria, a la memoria de los que cayeron defendiendo esta tierra. Todo ello justo y necesario. Pero no existe en ninguna de sus estrofas un reconocimiento al estadista que, en tiempos de paz y de transformación, conduce al pueblo hacia su destino con una claridad de visión que la historia, estoy convencido, equiparará con la de los más grandes hombres que esta nación ha producido.

Javierito Redondillo abrió la boca levemente.

La volvió a cerrar.

—Mi propuesta, señor presidente —dijo Caritino, con la solemnidad pausada de quien llega al punto que ha estado construyendo desde el principio—, es que este Congreso, en ejercicio de las facultades que la Constitución le confiere y en congruencia con el momento histórico que estamos viviendo, considere la incorporación de una estrofa adicional al Himno Nacional que reconozca, para la posteridad, la figura del gobernante que puso a los más humildes en el centro de su proyecto y que devolvió al pueblo de México la dignidad que otros le habían arrebatado.

Hizo una pausa.

—Una estrofa, señor presidente. Una sola. Para que los niños que hoy van a la escuela puedan cantar mañana, cuando sean adultos y comprendan del todo lo que ocurrió en estos años, la labor del hombre quien hizo posible la transformación. Una estrofa tan solo que diga algo así:

*¡Del prohombre inmortal macuspano,
Te defiende su brazo terrible,
y sostiene incansable su mano,
a su pueblo con lucha invencible!*

Concluyó con la inclinación de cabeza, recogió el cuaderno y volvió a sentarse con el orgullo reflejado en el rostro.

El silencio que siguió tenía una densidad que los presentes experimentaron de maneras distintas, aunque con un denominador común que ninguno de ellos habría sabido nombrar exactamente pero que tenía que ver, de una manera u otra, con el límite. Con la noción de que ciertas cosas tienen un borde, y que ese borde, una vez cruzado, reorganiza el espacio de una manera que no es fácil de revertir.

Don Zenaido no movió la cámara. La mantuvo fija, apuntando al frente, con esa inmovilidad suya que en otras circunstancias era profesionalismo y que esa mañana era también, quizá, la única respuesta disponible.

Fernanda Inclán Perrusquía no escribía. Miraba a Serafín.

Todos miraban a Serafín.

Serafín Leyva Godínez tomó un segundo. Uno solo. El tiempo exacto que necesitaba para encontrar la superficie desde la cual rebotar, que en este caso era más estrecha que de costumbre pero que existía, porque para alguien con su experiencia siempre existía.

—Bueno —dijo—, yo creo que el himno como está es muy hermoso. Y los mexicanos lo queremos mucho. Lo que sí podemos decir es que este gobierno no necesita himnos porque tiene algo mejor: resultados. Resultados concretos, verificables, que llegan a las familias que más lo necesitan. Ese es nuestro himno. El himno de los hechos. Sin embargo las demandas ciudadanas pueden presentarse al Congreso a través de los diputados de distrito. Si hubiera una petición que firmaran muchos ciudadanos para hacerla llegar al Congreso, este tendría que considerarla y votar en consecuencia.

Asintió con la gravedad apropiada para el cierre de una respuesta de esa naturaleza y dio por concluido el intercambio con ese gesto suyo, mínimo y definitivo, que era la señal para que Teodorico siguiera adelante.

Caritino asentía.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Se detuvo.

Luego, después de una pausa breve, añadió un sexto.

Era, registró internamente con la objetividad del método, un nuevo récord.

Vicenta Miravalles escribió algo en la libreta. Luego lo tachó. Luego escribió otra cosa encima, con una presión sobre el papel que era distinta a la habitual, más cargada, como si las palabras necesitaran ser sujetadas para que no se movieran.

Rutilo Cañizales anotó algo en la tableta y lo envió antes de que la conferencia terminara. No era un mensaje largo. Era de esos mensajes que se escriben con pocas palabras precisamente porque la situación no admite más.

Y Caritino Aguado de la Rosa permaneció en su asiento de la primera fila con el cuaderno sobre las rodillas y el saco plateado devolviéndole la luz al salón y a los espejos y a todo lo que los espejos multiplicaban, convencido de que había propuesto ese día algo que los libros de historia, cuando llegara el momento de escribirlos con la perspectiva que el presente no permite, reconocerían como uno de esos gestos que parecen pequeños y que sin embargo contienen, en su interior, una vastedad que no siempre es inmediatamente visible.

Como todas las cosas verdaderamente grandes.

CAPÍTULO 8

El mandato ciudadano

La frase del presidente había sido clara.

Caritino la había transcrito esa misma tarde en el cuaderno, entre comillas, con la letra cuidada de los títulos importantes, y la había releído tres veces antes de cerrar el cuaderno y quedarse en silencio frente a él, con las manos sobre la mesa y esa expresión de quien acaba de recibir una instrucción y está calculando el mejor modo de ejecutarla.

Si hubiera una petición que firmaran muchos ciudadanos para hacerla llegar al Congreso, este tendría que considerarla y votar en consecuencia.

No era una sugerencia. Era, en la lectura de Caritino, una hoja de ruta. Una indicación precisa, formulada con la claridad que caracterizaba al presidente cuando quería que algo se hiciera sin tener que decir explícitamente que quería que se hiciera.

Era la comunicación entre personas que se entienden, pensó, entre quienes han establecido ese nivel de interlocución en que las palabras cargan más de lo que dicen.

El plan se fue construyendo solo, que era como se construían los mejores planes.

Necesitaba firmas. Muchas firmas. Un número que el Congreso no pudiera ignorar con comodidad, que lo obligara a tratar el asunto con la seriedad que merecía. Investigó esa noche, con la concentración del que tiene una

misión, y encontró que no había en la ley un umbral específico establecido para peticiones ciudadanas de reforma constitucional en materia de símbolos patrios.

Esa información le permitió interpretar que no había obstáculo alguno, sino al contrario, representaba como una especie de libertad: si no había un número mínimo fijado, cualquier número era, en principio, suficiente, siempre que fuera presentado con la dignidad y la documentación apropiadas.

Decidió que cien firmas era una cifra redonda, representativa, y suficientemente manejable para una primera fase.

Lo anotó en el cuaderno.

Fase 1: Recolección de cien firmas ciudadanas. Plazo: dos semanas.

Miguelina lo encontró escribiendo pasada la medianoche, cuando salió por un vaso de agua y vio la luz bajo la puerta.

—¿Todavía estás? —dijo, asomando la cabeza.

—Estoy organizando una campaña —respondió él, sin levantar la vista.

Miguelina procesó la palabra.

—¿Una campaña?

—Ciudadana —precisó Caritino—. De recolección de firmas.

Miguelina miró el cuaderno, luego a su hijo, luego al cuaderno otra vez.

—¿Para qué? —preguntó, con el tono de quien pregunta sabiendo que la respuesta puede requerir sentarse.

—Para que el Congreso considere la incorporación de una estrofa adicional al Himno Nacional —dijo Caritino, con la naturalidad de quien explica algo que ya lleva tiempo siendo evidente.

Hubo un silencio breve.

—¿Al himno? —dijo Miguelina.

—Al himno.

Miguelina se recostó levemente en el marco de la puerta.

—¿Y quién va a firmar? —preguntó.

Caritino levantó la vista por primera vez desde que ella había entrado.

—Los ciudadanos, madre —dijo, con una paciencia que era genuina—. Para eso es una campaña ciudadana. Por cierto que la lista la encabezaremos tú y yo.

Miguelina asintió con esa lentitud que tenía cuando procesaba algo que requería más tiempo del disponible, pero aceptó firmar la lista después de Caritino.

—Buenas noches, hijo —dijo finalmente.

—Buenas noches.

Y se retiró con el vaso de agua y la discreción de siempre, pensando que quizá debería avisar a su hermana Consuelo, que vivía en Tlalnepantla y que era la única persona en la familia con quien Miguelina podía hablar de ciertas cosas sin tener que explicarlas del todo.

La campaña comenzó al día siguiente, un martes, con el clima fresco de la mañana todavía presente cuando Caritino salió de casa con una carpeta de pasta dura color vino que había encontrado en el cajón de los papeles importantes, un plumón negro para el encabezado, y quince hojas en blanco que había cortado a la mitad para aprovechar mejor el papel, porque una firma no requería más espacio que el de un nombre, una rúbrica y, si el firmante lo consideraba pertinente, una pequeña leyenda de apoyo. La lista llevaba ya dos nombres: Caritino Aguado de la Rosa y Miguelina de la Rosa Coyótl.

La primera parada fue la tienda de Doña Refugio.

Doña Refugio estaba acomodando latas de frijol cuando Caritino entró con la carpeta bajo el brazo y esa compostura suya de siempre, que en la tienda, entre los anaqueles y el olor a jabón en polvo y tortillas recientes, adquiría una dimensión ligeramente distinta a la del Salón de los Espejos pero no completamente diferente.

—Buenos días, Doña Refugio —dijo.

—Buenos días, Caritino —respondió ella, mirando la carpeta con una curiosidad que no intentó disimular.

—Vengo a solicitarle su firma para una petición ciudadana —dijo él, colocando la carpeta sobre el mostrador con el cuidado de quien deposita un documento oficial.

Doña Refugio se limpió las manos en el delantal y se acercó.

Leyó el encabezado que Caritino había escrito con el plumón negro: *PETICIÓN CIUDADANA PARA LA INCORPORACIÓN DE UNA ESTROFA ADICIONAL AL HIMNO NACIONAL MEXICANO EN RECONOCIMIENTO A LA OBRA TRANSFORMADORA DEL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA.*

Leyó despacio. Luego volvió al principio y leyó otra vez.

—¿Al himno? —dijo.

—Al himno —confirmó Caritino.

—¿Le van a cambiar algo al himno?

—No cambiar. Incorporar una estrofa adicional. El himno permanece intacto en su totalidad. Se añade solamente una estrofa que reconoce el momento histórico que vivimos. Específicamente al señor presidente de la república que tanto bien le está dando a los pobres que menos tienen a través de sus programas sociales. Cómo a Usted que le otorga una pensión por ser una persona mayor?

Doña Refugio lo miró un momento con esa expresión suya que contenía varias cosas simultáneamente y que era difícil de clasificar en una sola categoría.

—¿Y me la vas a enseñar? —preguntó—. ¿La estrofa?

Caritino carraspeó levemente.

—La estrofa está en proceso de refinamiento formal —dijo—. Lo que se firma hoy es el principio, la iniciativa ciudadana. La letra definitiva será resultado de un proceso de elaboración posterior que tomará en cuenta las aportaciones de los firmantes y de los especialistas que corresponda consultar.

Doña Refugio consideró esto.

—Bueno —dijo finalmente, tomando el bolígrafo que Caritino le extendía—. Mientras no me quiten el himno que ya me sé.

Firmó con una letra redonda y decidida, en el primer renglón de la primera hoja, y le devolvió el bolígrafo.

—Gracias, Doña Refugio —dijo Caritino, con una inclinación leve—. Su firma es la tercera, junto a la mía y la de mi madre. Tiene, en ese sentido, un valor histórico particular para nosotros tres.

Doña Refugio lo miró salir con la carpeta bajo el brazo y permaneció un momento apoyada en el mostrador antes de tomar el teléfono y escribirle a su nuera Yolanda del Perpetuo Socorro un mensaje que decía simplemente: *Ay m'ija... ¿qué crees...?*

A lo largo de los días siguientes, Caritino recorrió la colonia con una sistematicidad que habría honrado a cualquier campaña política de cierta ambición. Tocó puertas, se apostó en la entrada del mercado en los horarios de mayor afluencia, abordó a los conocidos de Miguelina con una cortesía que no admitía rechazo fácil, y visitó al señor Epigmenio Garduño Solís, jubilado de Pemex y presidente de la Asociación de Colonos.

El anciano, leyó el encabezado tres veces y decidió hacerle a Caritino cuatro preguntas, ninguna de las cuales recibió una respuesta que lo dejara del todo satisfecho, pero firmó de todas formas porque había conocido a la madre de Caritino desde que ambos eran jóvenes y porque le parecía que negarle la firma a alguien que venía con una carpeta de pasta dura era una forma de descortesía que no cuadraba con su carácter...además de que él también recibía una pensión de adulto mayor.

Al cabo de cuatro días, Caritino tenía ochenta y siete firmas. La mayoría eran de adultos mayores y de personas con capacidades diferentes que recibían beneficios de los programas sociales del gobierno.

Pensó que completaría las firmas con los integrantes de los equipos de fútbol y basquetbol de la colonia que pertenecían al movimiento de *“chavos reparando su futuro”* y que tenía becas aún más jugosas que las pensiones sin hacer nada...bueno salvo jugar fútbol y basquetbol.

Las repasó esa noche en la mesa de la cocina, contándolas con el índice, página por página, con esa concentración metódica que ponía en las tareas de verificación. Ochenta y siete. Trece más y llegaba a la primera fase.

Miguelina, desde la estufa, lo observaba con esa mirada suya que llevaba semanas perfeccionando una variante nueva, más compleja que las anteriores, en la que convivían el orgullo, la perplejidad, algo parecido a la ternura y algo más difícil de nombrar que tenía que ver con la conciencia de que ciertas cosas ya no se podían detener y que quizá nunca había sido posible detenerlas.

—¿Cuántas llevas? —preguntó.

—Ochenta y siete —dijo él.

—¿Y cuántas necesitas?

—Cien para la primera fase.

Miguelina sirvió la sopa en los platos.

—¿Le pediste a tu primo Abundio, el coime del billar de Terencio?

Caritino levantó la vista.

—No había considerado al primo Abundio.

—Vive en la calle de atrás —dijo Miguelina—. Yo tengo su teléfono. Y podría pedirles a los del equipo donde juega.

Caritino la miró con una expresión que, en él, era equivalente a lo que en otros habría sido un abrazo y le dijo:

—Madre —dijo—, tiene usted una capacidad para la logística que no he sabido aprovechar suficientemente, pero ya había pensado en ellos. ¡Gracias! Hacemos un gran equipo.

Miguelina puso los platos sobre la mesa.

—Come —dijo—. Que se enfría.

El día que llegó a cien firmas, Caritino las organizó con separadores de colores, las numeró en el margen con el bolígrafo que sí funcionaba, y las colocó dentro de un folder transparente que compró especialmente para ese propósito en la papelería de la esquina, eligiendo entre tres opciones de tamaño con la misma deliberación con que elegía las pajaritas.

Esa noche escribió en el cuaderno, bajo el título *Fase 1 completada*, una sola línea:

El mandato ciudadano existe. Ahora corresponde entregarlo.

Y debajo, después de una pausa que el cuaderno no podía registrar pero que ocurrió, añadió:

Personalmente. En la conferencia. Frente al presidente.

Cerró el cuaderno.

Se miró en el espejo estrecho detrás de la puerta.

Pensó en el saco. ¿En cuál? Porque ya le habían regalado tres de parte de Rutilo. En si la ocasión requería el dorado, que era el de los inicios, o el plateado, que era el de la etapa actual, o si existía la posibilidad de que una entrega de esta naturaleza mereciera algo todavía no estrenado, algo que estuviera a la altura de lo que iba a ocurrir.

Abrió el ropero.

Estuvo frente a él un tiempo que Miguelina, desde su cuarto, calculó por el silencio prolongado en un tiempo considerable.

Y entonces vio, en el fondo, colgado con ese olvido que tienen las cosas que esperan su momento, el último saco que le mandara Rutilo. Verde botella, de terciopelo, con botones dorados y un escudo juarista en el pecho.

Lo había separado para estrenarlo en una ocasión especial de su trabajo en las mañaneras. Y ese día había llegado. Iría con él al día siguiente.

Caritino lo sacó con cuidado.

Lo sostuvo frente a sí.

Afuera, la ciudad seguía con sus asuntos, indiferente como siempre, sin saber que en un departamento de la colonia Portales un hombre de delgadez acentuada y pelo brillante y aceitado estaba a punto de decidir con qué saco entregaría al presidente de la República cien firmas ciudadanas para modificar el Himno Nacional.

Algunas decisiones, pensó Caritino, no se toman.

Se reconocen.

CAPÍTULO 9

La entrega

El saco verde botella con escudo juarista era, sin duda, el más elocuente de los cuatro que ya tenía.

Caritino lo había comprobado esa mañana frente al espejo estrecho, primero con el dorado, luego con el plateado, luego con el de cuadros estilo tablero de ajedrez, y reconoció que en el verde había algo que los otros dos no tenían: una autoridad diferente, más antigua, más enraizada en algo que él asociaba vagamente con la historia y con el peso específico de los actos que dejan huella.

El escudo juarista en el pecho —un águila sobre nopal bordada en hilo dorado, con una austeridad republicana que contrastaba productivamente con el terciopelo— era un detalle que no había pedido pero que, una vez visto, le parecía inevitable, como si la prenda hubiera sido confeccionada para este día sin que nadie lo supiera todavía.

El fólder transparente con las cien firmas descansaba sobre la mesa del desayuno junto al café y al plato de Miguelina, que esa mañana había

puesto la mesa con una puntualidad inusual, como si también ella supiera que algo distinto estaba por ocurrir aunque no terminara de saber qué.

—¿Llevarás el fólder? —preguntó Miguelina, señalando el fólder con la cuchara, que era su manera de señalar las cosas sin dejar de usarla para lo que era.

—Está ahí —dijo Caritino.

—Ya veo que está ahí. Te pregunto si lo vas a llevar.

—Por supuesto.

Miguelina sirvió más café en su taza sin decir nada. Luego miró el escudo juarista con una atención breve.

—¿Y ese saco? —dijo.

—Me lo mandaron —respondió Caritino.

—¿Quién?

—Un colaborador —dijo él, con una vaguedad que era, en él, una forma de precisión.

Miguelina asintió con la expresión de quien decide que hay preguntas que no mejoran con respuesta y se levantó a lavar su taza.

En el Salón de los Espejos, la llegada de Caritino esa mañana produjo el efecto que su presencia producía siempre, pero con una variable adicional: el fólder. Era un objeto que no pertenecía al ecosistema habitual de la conferencia —las libretas, las grabadoras, las tabletas, los teléfonos— y su presencia bajo el brazo de Caritino, transparente y organizado con separadores de colores visibles desde cierta distancia, introducía una nota nueva que varios de los presentes registraron sin comentar, cada uno a su manera.

Fernanda Inclán Perrusquía lo vio entrar y escribió en el teléfono antes de que él llegara a su asiento. Lo que escribió era una sola pregunta, formulada para sus seguidores con el tono neutro y levemente enciclopédico que había desarrollado para hablar de Caritino: *¿Qué traerá hoy en el fólder este buen hombre?*

Javierito Redondillo miró el fólder, miró el saco, volvió al fólder. Destapó el bolígrafo y apuntó algo en forma automática.

Vicenta Miravalles no miró. O miró de esa manera suya en que mirar y no mirar producen el mismo resultado porque la información llega de todas formas.

Don Zenaido ajustó el ángulo de la cámara tres grados hacia la izquierda, que era donde quedaba la primera fila, y lo dejó ahí.

Rutilo Cañizales llegó por el lateral con la tableta, como siempre, y al ver el fólder hizo una pausa de menos de un segundo que nadie habría notado salvo quien lo conociera bien o quien estuviera buscándola. Luego siguió hacia su posición con la ecuanimidad habitual.

La conferencia comenzó.

Serafín habló de seguridad, de los índices del trimestre, de un programa de infraestructura carretera en el sureste que estaba en fase de licitación. Aseguró por enésima vez que en su gobierno ya no había corrupción. Aseguró que faltaban solo unos días para que todos los hospitales del país estuvieran abastecidos de medicinas. Y remató su perorata diciendo que todo lo había logrado a pesar de los ataques continuos de sus adversarios neoliberales que siempre le ponían obstáculos para su gobierno.

Caritino escuchó con el fólder sobre las rodillas, encima del cuaderno, con las manos cruzadas sobre él en una postura que era simultáneamente la de quien espera y la de quien custodia algo.

—Preguntas —anunció Serafín.

Las manos.

Rutilo...—La primera fila.

Caritino se puso de pie.

La secuencia habitual, pero con una variante: el fólder no fue al asiento sino que permaneció en sus manos, sostenido con ambas, con esa manera de sujetar los documentos importantes que sugiere que su contenido tiene un peso que la gravedad no alcanza a explicar del todo.

—Señor presidente —comenzó, con la inclinación de cabeza de siempre—, antes que nada permítame expresarle, en nombre de los ciudadanos que hemos seguido con genuina convicción cada una de las jornadas de este gobierno transformador, un reconocimiento a la coherencia inquebrantable con que usted ha sostenido, frente a la adversidad y frente a quienes no han entendido o no han querido entender el sentido profundo del proyecto conque ha regalado a los mexicanos, y que posee principios virtuosos indiscutibles que no tan solo le dieron origen, sino que lo seguirán orientando hasta el último día de su mandato.

El salón escuchaba con la atención particular que habían aprendido a reservar para estas intervenciones. Una atención que era también, en cierta medida, una forma de resistencia, la resistencia discreta de quien mantiene el rostro quieto mientras algo se mueve por dentro.

—En la conferencia del día en que tuve el honor de presentar ante usted la propuesta de incorporar una estrofa adicional al Himno Nacional —continuó Caritino—, usted tuvo la generosidad de señalar el camino para que una petición ciudadana debidamente documentada se convierta en el canal apropiado para que esa iniciativa llegara al Congreso de la Unión y fuera considerada con la seriedad que merece.

Serafín lo miraba con esa expresión suya, la que no era sonrisa pero tampoco distancia.

—Pues bien, señor presidente —dijo Caritino, y levantó el fólder con ambas manos a la altura del pecho, con el gesto medido de quien presenta un documento ante una autoridad—, tengo el honor de informarle que una

cantidad enorme de ciudadanos de las colonias populares que usted beneficia, de distintas edades, condiciones y trayectorias de vida, han aceptado con un gusto desmesurado, estampar su firma en apoyo a esta iniciativa, convencidos de que el momento histórico que vivimos merece una expresión en el patrimonio simbólico de la nación.

Extendió el fólder hacia el frente, en dirección al atril, como si esperara que alguien viniera a recibirlo.

Nadie se movió.

El fólder permaneció extendido en el aire durante un instante que fue, para los presentes, de una duración difícil de cuantificar.

Fue Rutilo quien resolvió la situación con la eficiencia silenciosa que era su modo de resolver todo: se acercó desde el lateral, tomó el fólder con una inclinación breve y lo depositó sobre la mesa auxiliar que estaba detrás del atril, donde se colocaban los documentos que los funcionarios entregaban al presidente durante la conferencia y que luego eran procesados por quien correspondía.

Caritino observó el trayecto del fólder desde su mano hasta la mesa con la concentración del que sigue algo valioso con la mirada.

Luego volvió a mirar al presidente.

—Son muchas firmas, señor presidente —repitió, con una sobriedad que era, en él, la forma más alta de la emoción—. Ciudadanos comunes. Gente sencilla. El pueblo al que usted ha dedicado su vida pública, que han decidido apoyar la estrofa que humildemente le sugerí pudiera incorporarse a nuestro cántico marcial que representa el compromiso de todos para defender la república de los ataques de los enemigos, con Usted al frente como guía inmarcesible que nos conduce a la luz.

Concluyó con la inclinación de cabeza, más profunda que la habitual, como si la ocasión requiriera un grado adicional, y volvió a sentarse.

El silencio era el de siempre, pero con algo más. Algo que Vicenta, en la segunda fila, sintió como una variación de temperatura que no era exactamente calor ni frío sino una presión nueva en el ambiente del salón, como cuando cambia la altura y los oídos tardan un momento en ajustarse.

Serafín tomó el tiempo que necesitaba.

—Bueno —dijo—, esto es lo que es la democracia. La voz del pueblo llegando a quienes tienen la responsabilidad de escucharla. Le agradezco al compañero —hizo una pausa mínima— Aguado, su compromiso ciudadano. Esto se turnará a la Secretaría de Gobernación para que explore los canales institucionales correspondientes.

Miró a Rutilo con una brevedad que era una instrucción.

Rutilo anotó en la tableta.

Caritino, en su asiento, asentía.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

Pausa.

Siete.

Javierito Redondillo miraba el bolígrafo sobre el cuaderno con la expresión de quien ha aceptado que ciertas cosas no tienen columna en la que registrarse.

Fernanda Inclán Perrusquía escribía en el teléfono con esa velocidad ya inconfundible. Lo que escribía era una respuesta a la pregunta que había formulado antes de que comenzara la conferencia. La respuesta decía: *¿Cómo cuantas firmas habrá reunido este sujeto...? firmas para cambiar el himno. Las consiguió ¿dónde? Pero ya las entregó. El presidente las turnó a Gobernación. No invento nada, solo reporto.*

Debajo, en los siguientes minutos, llegaron respuestas. Muchas. Con una velocidad que Fernanda observó con la expresión tranquila de quien ya no se sorprende pero que tampoco ha dejado de registrar.

Don Zenaido bajó la cámara al terminar el intercambio y se quedó mirándola un momento, como hacía cuando algo le pedía un segundo de procesamiento antes de continuar. Luego la guardó en el estuche con más cuidado que de costumbre, como si lo que había registrado esa mañana mereciera una protección adicional, aunque no habría sabido explicar exactamente por qué.

Vicenta Miravalles escribió en la libreta. No una línea esta vez. Tres. Las escribió sin tachar ninguna, con una presión uniforme sobre el papel, y luego las leyó en silencio antes de cerrar la libreta con la expresión de quien ha llegado a una conclusión que no necesita compartirse para ser verdadera.

La conferencia continuó con otros temas, otras manos, otras voces que llenaron el salón con la información del día.

Y en la mesa auxiliar detrás del atril, el fólder transparente con sus “muchas” firmas organizadas por separadores de colores esperaba, con la paciencia de los documentos que saben que su destino no depende de ellos, el momento en que alguien decidiera qué hacer con él.

Ese momento, en la experiencia de Rutilo Cañizales, que conocía el recorrido de los papeles en aquella casa mejor que nadie, tardaría entre tres y cinco días hábiles en llegar.

Y cuando llegara, lo más probable era que el fólder encontrara su lugar definitivo en algún archivero del sótano de Gobernación, entre otras peticiones ciudadanas de naturaleza diversa, algunas más razonables que esta y algunas considerablemente menos, todas esperando con la misma paciencia y con el mismo destino que la paciencia, en esos casos, suele tener.

Pero eso Caritino no lo sabía.

Y mientras no lo supiera, el mandato ciudadano existía.

Y él lo había entregado.

Personalmente.

Frente al presidente.

Eso era, en todos los sentidos que importaban, suficiente.

CAPÍTULO 10

Miles de voces

La nota apareció primero en un portal de noticias de mediana circulación, de esos que publican a cualquier hora porque no tienen cierre y que a veces, por esa misma razón, publican cosas que los diarios con cierre habrían detenido un momento para verificar.

El encabezado decía: *Ciudadanos exigen al Congreso nueva estrofa al Himno Nacional en honor a la Transformación.*

El cuerpo de la nota era breve. Mencionaba que una petición ciudadana había sido entregada durante la conferencia matutina del presidente Leyva Godínez, que el mandatario la había recibido con beneplácito y la había turnado a la Secretaría de Gobernación para su análisis institucional. No mencionaba cuántas firmas contenía la petición. Esa omisión, que en otro contexto habría sido un descuido, resultó ser, en este, la grieta por la que entró todo lo demás.

Porque cuando no hay un número, el número lo pone quien quiere.

Y hubo varios que quisieron.

A las pocas horas, una cuenta de redes con doscientos mil seguidores dedicada a difundir los logros del gobierno publicó que la petición había reunido *decenas de miles de firmas* de ciudadanos de todo el país. No citaba fuente. No necesitaba citarla. La publicación fue compartida cuatro mil veces antes de que alguien pensara en preguntar de dónde venía el dato, y para cuando esa pregunta llegó, el dato ya tenía una vida propia que no dependía de su origen.

Otras cuentas tomaron el número y lo mejoraron.

Más de cien mil mexicanos apoyan nueva estrofa al himno, decía una.

La ciudadanía habló: cientos de miles exigen reconocimiento histórico para el presidente Leyva, decía otra, con una fotografía de una marcha que no tenía ninguna relación con el asunto pero que ilustraba bien el concepto de multitud.

Fernanda Inclán Perrusquía siguió el desarrollo desde su teléfono con la expresión de quien observa un fenómeno natural que ya no puede detenerse y que en cualquier caso nunca fue su responsabilidad detener. Publicó una sola línea: *El fólder no tenía más de cien firmas. Yo vi las cuatro hojitas con los garabatos. Estaban ahí.* Nadie le hizo caso. O le hicieron caso

exactamente las personas que ya lo sabían, que eran las que menos podían cambiar algo.

Aristeo Bolaños Fumarola, que esa semana había vuelto al salón después de su ausencia, leyó las notas en su teléfono esa noche con el café de la sobremesa y el bloc cerrado sobre la mesa, y permaneció un rato en silencio antes de abrirlo y escribir dos líneas que luego tachó, porque había aprendido en cuarenta y un años que ciertas cosas escritas con rabia no mejoran al día siguiente y que era preferible esperar a que la rabia se volviera precisión, que era el único estado en que le servía para algo.

Tres días después de la entrega del folder, Rutilo Cañizales entró al despacho privado de Serafín Leyva Godínez con la tableta y una pregunta que llevaba formulando mentalmente desde el momento en que había depositado el folder sobre la mesa auxiliar.

—Señor presidente —dijo, con el tono neutro de las conversaciones que ocurren fuera de los micrófonos—, lo del folder de las firmas. ¿De verdad quiere que se lo haga llegar a Gobernación?

Serafín lo miró desde el sillón con esa expresión que reservaba para los momentos en que la respuesta era evidente pero la pregunta merecía una pausa de todas formas, por respeto a quien la había hecho.

—Claro que sí —dijo.

Rutilo asintió, listo para anotar.

—Pero sin el anexo de las firmas —añadió Serafín, con la naturalidad de quien especifica un detalle técnico—. Solo dile a Carmelita Bañuelos que a ti te entregaron una USB con firmas electrónicas porque eran varios cientos de miles como para llevarlas en papel. Pero por eso no podíamos dejar de hacerles caso, y que lo turne a Camilito Larrañaga, el presidente de la Cámara, para que lo mande a comisiones.

Rutilo levantó la vista de la tableta.

Serafín lo miraba con una sonrisa que no era exactamente una sonrisa sino algo más comprimido, más interior, la expresión de quien disfruta de una cosa sin necesitar que nadie más la disfrute con él.

Rutilo bajó la vista a la tableta y anotó.

—¿Algo más? —preguntó.

—Nada más, con eso se entretendrán nuestros adversarios y nos servirá para alejar la atención del aumento del número de asesinatos que se están dando en todo el país —dijo Serafín.

Y retomó lo que estaba leyendo antes de que Rutilo entrara, con la tranquilidad de quien ha resuelto algo que no requería más tiempo del que le dedicó.

Carmelita Bañuelos Urquiza, secretaria de Gobernación, recibió la instrucción de Rutilo a través de un mensaje en la aplicación cifrada que usaban para las comunicaciones que no debían circular por los canales

oficiales, leyó el mensaje dos veces, miró la pantalla un momento con la expresión profesional de sus veintidós años en la administración pública, y respondió con un *entendido* que era, en la economía de sus respuestas, una de las más largas.

Esa tarde convocó a su jefe de asesores, un hombre joven de apellido Cenobio Palafox Mireles, y le explicó lo que había que hacer con una brevedad que no admitía preguntas pero que Cenobio, que llevaba tres años en el cargo y había aprendido a leer los silencios de su jefa con una precisión considerable, complementó con las suyas propias una vez que ella salió de la sala.

La comunicación que llegó dos días después al despacho de Camilito Larrañaga Fuentes, presidente de la Cámara de Diputados, describía la petición ciudadana como respaldada por una cantidad de firmas que la Secretaría de Gobernación no había podido cuantificar con exactitud dada la magnitud de la respuesta ciudadana, pero que en cualquier caso representaba una expresión genuina de la voluntad popular que merecía ser atendida con la seriedad que los representantes de la nación estaban obligados a conferirle.

Camilito Larrañaga leyó la comunicación, la pasó a su secretaria particular, Remedios Achurra de Bustamante, y le dijo que la turnara a la Comisión de Gobernación y Puntos Constitucionales con una nota en la que constara que había sido recibida y que estaba siendo procesada, pero que debía dársele velocidad porque había más de un millón de firmas de ciudadanos que lo exigían.

Remedios Achurra la turnó.

La Comisión la recibió.

Y en algún punto de ese recorrido, que había comenzado con un fólder transparente con cien firmas de adultos mayores, beneficiarios de programas sociales y chavos del equipo de fútbol de la colonia Portales, el documento había adquirido una existencia institucional que ya no dependía de su origen para seguir existiendo.

La primera nota en un diario de circulación nacional apareció cuatro días después de la entrega.

Era una nota pequeña, en la sección de política, de cuatro párrafos. Decía que la Secretaría de Gobernación había turnado a la Cámara de Diputados una petición ciudadana para la incorporación de una estrofa adicional al Himno Nacional, que la iniciativa había surgido en el contexto de las conferencias matutinas del presidente Leyva Godínez, y que el presidente de la Cámara había acordado turnarla a la Comisión de Gobernación y Puntos Constitucionales para su análisis.

No mencionaba a Caritino Aguado de la Rosa.

No mencionaba la colonia Portales.

No mencionaba los separadores de colores.

Esa misma mañana, en el Salón de los Espejos, el presidente Leyva Godínez respondió a una pregunta sobre el tema que le formuló una periodista de la segunda fila, no Caritino, con esa cadencia suya de siempre.

—Mire —dijo—, cuando el pueblo habla, hay que escucharlo. Así de sencillo. Eso es la democracia participativa. Eso es lo que nos distingue de los que gobernaban antes, que le daban la espalda a la gente. Nosotros no. Nosotros escuchamos. Y cuando llega una petición con el respaldo que tiene esta, pues no hay más que hacer lo que corresponde: darle cause institucional y que sean los representantes del pueblo los que decidan.

La periodista anotó.

Varios anotaron.

Caritino, en la primera fila, asentía con una lentitud particular, la lentitud de quien escucha algo que ya sabía pero que gana un peso diferente al escucharlo de otra boca, confirmado, devuelto amplificado desde la misma fuente que lo había inspirado.

Contó los asentimientos después, en el cuaderno, esa tarde.

Había llegado a once antes de perder la cuenta.

Era, decididamente, un récord que no necesitaba verificación.

Aristeo Bolaños Fumarola publicó su segunda columna sobre el asunto una semana después de la primera nota en el diario nacional. La tituló simplemente *El número*.

Comenzaba así:

La semana pasada, varios medios de este país informaron que una petición ciudadana respaldada por, según la fuente, decenas, cientos o millones de firmas —el número variaba con una libertad que habría resultado admirable en un contexto de ficción— había llegado a la Cámara de Diputados para su análisis. Lo que ningún medio informó, porque ningún medio verificó, es que dicha petición fue entregada en la conferencia matutina del pasado martes por un ciudadano de la colonia Portales que yo mismo he observado en ese salón durante semanas, y que el fólder en cuestión, transparente y organizado con separadores de colores, contenía según mi estimación directa un número de firmas que no superaba las tres cifras bajas.

La columna continuaba durante cuatro párrafos más, con la precisión que era la firma de Aristeo, y cerraba con una línea que varios de sus colegas subrayaron en el papel o copiaron en sus notas sin estar seguros todavía de para qué:

El problema no es el ciudadano del saco. El problema es el sistema que lo necesita.

La columna tuvo, para los estándares del diario, una circulación considerable.

Fue desmentida, sin nombrarlo, por dos portales cercanos al gobierno, que señalaron que los ataques de la prensa conservadora y neoliberal a las

iniciativas ciudadanas del pueblo eran una muestra más de su distancia con la realidad del país y de su desprecio histórico por las mayorías.

Vicenta Miravalles la leyó y escribió algo en su libreta que ocupó media página, que era la mayor extensión que había dedicado a cualquier anotación desde que Caritino había aparecido en el salón.

Fernanda Inclán Perrusquía la compartió con un solo comentario, el mismo de la vez anterior: *Léanlo*.

Y Caritino Aguado de la Rosa no la leyó.

Esa mañana había amanecido con una nueva idea en la cabeza, una que todavía no tenía forma completa pero que tenía dirección, y había decidido, con la disciplina del método, que durante la fase de maduración era preferible no distraerse.

La idea tenía que ver con los colores de la bandera nacional y con la posibilidad de que uno de ellos, el que él consideraba insuficientemente representado en la vida cotidiana del país, mereciera una campaña de visibilización que el gobierno estaba en una posición única para impulsar.

Todavía no sabía exactamente cuál de los tres colores era ese.

Pero lo sabría.

Las ideas de esa categoría siempre terminaban por aclararse.

CAPÍTULO 11

La caja de Pandora

El Zócalo se llenó un martes.

No era un día de manifestaciones programadas, no había convocatoria oficial, no existía en ningún portal ni en ninguna red social una invitación firmada por organización reconocible alguna. Y sin embargo, a las diez de la mañana, la plancha más grande de la ciudad tenía una densidad de personas y pancartas que los noticieros de la tarde calcularían, según la fuente, entre treinta mil y trescientas mil, con una generosidad en el rango que ya era, en sí misma, una forma de información.

Las pancartas decían cosas.

NUESTRO HIMNO DEBE CONTAR LA HISTORIA DEL HOMBRE QUE LOGRÓ LA TRANSFORMACIÓN.

EL PUEBLO EXIGE: UNA ESTROFA PARA EL PRESIDENTE DEL PUEBLO.

LOS QUE DUDAN DEL HIMNO DUDAN DEL PUEBLO.

AQUÍ ESTAMOS LOS QUE LO PEDIMOS.

NO SOMOS BOTS

Esta última, que apareció en varios puntos de la manifestación con una tipografía casera y un entusiasmo ortográfico variable, era la que más circuló en redes esa tarde, compartida con comentarios que oscilaban entre

la adhesión fervorosa y la incredulidad silenciosa, con muy poco espacio entre ambos extremos para cualquier otra reacción.

Los voceros del movimiento, que habían aparecido en los noticieros con la puntualidad de quien tiene agenda, explicaron que la manifestación era una respuesta espontánea del pueblo a los ataques de la prensa conservadora que había intentado ridiculizar una iniciativa ciudadana legítima y profundamente sentida.

Que si había dudas sobre el número de firmantes, el Zócalo lleno era la respuesta. Que los que preguntaban cuántas firmas eran las que apoyaban la propuesta, eran los mismos que siempre habían preguntado cuántos eran en las marchas, y que siempre habían contado menos de lo que había, porque contar era también una forma de negar.

Aristeo Bolaños Fumarola vio las imágenes del Zócalo desde su escritorio en la redacción de La Razón Pública y estuvo un rato en silencio antes de abrir el bloc.

Esta vez no tachó nada.

Escribió directamente, con la letra apretada de las cosas que ya no necesitan borrador.

Caritino Aguado de la Rosa vio la manifestación en la pantalla del teléfono, sentado a la mesa de su habitación, con el cuaderno cerrado frente a él y el saco plateado colgado del respaldo de la silla, sin ponérselo.

Vio las pancartas.

Leyó los números.

Y luego buscó, con una meticulosidad que no había aplicado antes a ninguna búsqueda relacionada con su propia iniciativa, los artículos que había ignorado durante semanas. La columna de Aristeo. Las cuatro hojitas con los garabatos que Fernanda había mencionado. Los comentarios que él había leído como atención sostenida y que, releídos ahora con una disposición diferente, tenían una textura que no había querido reconocer entonces.

No eran miles de firmas.

Eran cien.

Las había contado él mismo. Las tenía numeradas en el margen con el bolígrafo que sí funcionaba. Había comprado el folder en la papelería de la esquina eligiendo entre tres tamaños. Lo sabía con la precisión con que se saben las cosas que uno mismo ha hecho.

Y sin embargo el sistema había dicho que eran miles. Luego cientos de miles. Luego, en algún portal que ya no podía encontrar pero que había leído, un millón.

Permaneció frente a la pantalla apagada un tiempo que no habría sabido calcular.

No era exactamente vergüenza lo que sentía, aunque se le parecía. Era algo más específico, más incómodo, que tenía que ver con la conciencia de haber puesto en movimiento algo que ya no se movía en la dirección que él había imaginado, que había tomado una velocidad y una forma propias que no le pedían permiso y que en cualquier caso no lo necesitaban.

Había destapado algo.

No sabía exactamente qué, pero lo había destapado. Y lo que había salido de adentro no era lo que esperaba encontrar, aunque tampoco podía decir que le sorprendiera del todo, que era quizá lo más inquietante de todo el asunto.

Abrió el cuaderno.

Estuvo un momento con el bolígrafo sobre la página en blanco.

Lo cerró.

Esa tarde le dijo a Miguelina que los compromisos de la conferencia le habían ocupado demasiado tiempo en las últimas semanas y que había decidido tomarse un período de reflexión antes de retomar la actividad.

Miguelina sirvió el café.

—Ajá —dijo.

Y no preguntó nada más, porque había cosas que no mejoraban con preguntas y esta era una de ellas, y porque en el fondo, aunque no lo dijera, había estado esperando algo parecido a esto desde aquella primera tarde en que él había llegado con el saco dorado y esa expresión de hombre que ha cruzado un umbral.

Caritino no volvió a la mañana.

La Cámara de Diputados aprobó la reforma constitucional un jueves, con ochenta y tres por ciento de los votos a favor, doce por ciento en contra y cuatro por ciento de abstenciones.

El debate en el pleno había durado tres sesiones, con intervenciones que oscilaban entre la emoción genuina y la emoción administrada, que son cosas distintas aunque desde las tribunas del salón no siempre resulten distinguibles. Camilito Larrañaga presidió las sesiones con la autoridad de quien sabe que el resultado está decidido y que su función es administrar el tiempo hasta que llegue, no modificarlo.

Los diputados de oposición argumentaron que modificar los símbolos patrios requería un consenso que la iniciativa no tenía, que el proceso había sido irregular desde su origen, que nadie había verificado el número de firmantes y que turnar a comisiones una petición de procedencia dudosa era una forma de legitimar lo ilegítimo con los instrumentos de lo legítimo.

Los diputados del bloque mayoritario respondieron que el pueblo había hablado, que el Zócalo lleno era un argumento que ningún análisis jurídico podía superar, y que quienes ponían obstáculos procedimentales a la

voluntad popular eran los mismos que siempre habían puesto obstáculos a todo.

El resultado fue el que era desde el principio.

La reforma fue aprobada.

El Himno Nacional tendría una estrofa adicional.

La letra de esa estrofa, sin embargo, no sería la que Caritino había recitado en el Salón de los Espejos con el saco verde botella y el escudo juarista en el pecho. El decreto establecía que una comisión de poetas e intelectuales de reconocido prestigio sería convocada para elaborar la letra definitiva, que debía reflejar el espíritu de la transformación sin mencionar nombres propios, porque los nombres propios en los símbolos patrios, como explicó el secretario de la Comisión con una solemnidad que no admitía réplica fácil, eran contrarios a la tradición republicana.

La comisión tardó cuatro meses en presentar su propuesta.

La estrofa que propusieron era correcta en su métrica, adecuada en su tono, y completamente olvidable en su contenido, que era quizá el resultado más previsible de un proceso diseñado para producir exactamente eso: algo que pudiera cantarse sin que nadie pudiera objetar nada en particular, lo cual en la práctica significaba también que nadie pudiera recordarlo en particular.

No mencionaba a ningún presidente.

No mencionaba al pueblo.

No mencionaba a nadie.

Era, en ese sentido, una estrofa perfectamente institucional.

Y fue incorporada al himno con la solemnidad que los actos de esa naturaleza requieren, en una ceremonia en el Palacio de la Cantera Gris a la que asistieron funcionarios, artistas, deportistas y varios ciudadanos seleccionados por criterios que nadie explicó pero que nadie preguntó tampoco.

Caritino Aguado de la Rosa no fue invitado.

EPÍLOGO

Lo que queda

En algún lugar, tiempo después

Hay una caja que una vez abierta no puede cerrarse.

Los griegos lo sabían, que para eso inventaron el mito y lo pusieron en boca de una mujer a quien dieron el nombre de todos los dones, como si la curiosidad y la esperanza y el desastre fueran tres formas de la misma cosa. La caja se abre, sale lo que sale, y lo que queda adentro al final, lo único que no escapa, es la esperanza, que es también, si se mira bien, la más persistente de las ilusiones.

Caritino Aguado de la Rosa abrió una caja sin saberlo.

La abrió con un folder transparente, con separadores de colores, con cien firmas de adultos mayores y becarios del futbol de la colonia Portales, y con esa convicción suya intacta e impermeable que era simultáneamente su mayor limitación y su única virtud real, porque sin ella nada de lo que ocurrió habría ocurrido, y con ella ocurrió todo lo que no debía.

El Zócalo se llenó.

No por él. Por el sistema que lo necesitaba para llenarse, que es distinto, aunque desde adentro de la multitud la diferencia no se note. Las pancartas decían su nombre. Eso tampoco era por él. Era por la misma lógica que convierte cualquier chispa en hoguera cuando el ambiente es suficientemente seco, y el ambiente llevaba tiempo siendo suficientemente seco, aunque nadie lo dijera así en los noticieros.

El Congreso aprobó la reforma.

No por él. Fue por el ochenta y tres por ciento de los votos de los diputados que estaban ahí antes de que él llegara al Salón de los Espejos, esperando una ocasión que tuviera la forma correcta, que pareciera popular sin serlo del todo, que pudiera presentarse como la voz del pueblo sin que el pueblo tuviera que ponerse de acuerdo en nada más que en llenar una plancha un martes por la mañana con pancartas que alguien había impreso la noche anterior.

La estrofa fue incorporada al himno.

No tenía nada que ver con lo que él había propuesto, que era, en su torpeza sincera, más honesta que lo que finalmente quedó. La de él tenía un nombre, una rima forzada, un entusiasmo que no disimulaba su origen. La que quedó no tenía nada de eso. Era una estrofa de Estado, fabricada para durar sin dejar huella, que es la forma más eficiente de la permanencia en los sistemas que han aprendido a sobrevivirse a sí mismos.

Aristeo Bolaños Fumarola escribió una última columna sobre el asunto, la tercera, que tituló *El saco y el sistema* y que comenzaba con una pregunta que no respondía: *¿Quién usó a quién?* La publicó un lunes, que era el día en que menos gente leía los periódicos, porque había aprendido en cuarenta y un años que ciertas verdades tienen mejor vida cuando no se publican en los días de mayor circulación, cuando la gente tiene tiempo de digerirlas sin que el ruido de la semana las tape antes de que terminen de asentarse.

La leyeron los que la tenían que leer.

Los demás estaban ocupados con otras cosas.

Fernanda Inclán Perrusquía siguió documentando la mañanera con su tono neutro y levemente enciclopédico, y su audiencia siguió creciendo con la fidelidad de quienes encuentran en la descripción precisa de lo absurdo un consuelo que no saben nombrar pero que reconocen cuando lo leen. No volvió a mencionar a Caritino. No porque lo hubiera olvidado, sino porque

su historia había terminado en el momento en que él dejó de aparecer en la primera fila, y Fernanda tenía el instinto de quien sabe cuándo una historia ha terminado aunque los personajes sigan existiendo en algún lugar.

Vicenta Miravalles arrancó la media página que había escrito el día de la columna de Aristeo y la guardó doblada en cuatro en el bolsillo interior de su chaqueta, donde la llevó durante semanas sin releerla y sin tirarla, que es la manera en que se cargan las cosas que todavía no se sabe qué hacer con ellas.

Miguelina De la Rosa Coyótl siguió sirviendo café a las horas de siempre, acomodando la pajarita que siempre estaba un milímetro chueca, y mirando a su hijo con esa mirada suya que contenía todo sin mostrar nada en particular, porque era la mirada que había desarrollado a lo largo de toda una vida de querer a alguien que el mundo no terminaba de entender, y que ella tampoco terminaba de entender del todo, aunque eso no cambiaba nada en lo fundamental.

Y Caritino Aguado de la Rosa guardó el saco dorado, el plateado, el de cuadros estilo tablero de ajedrez, que no había estrenado aún, y el verde botella con escudo juarista en el fondo del ropero, donde los sacos esperan con la paciencia de las prendas que saben que su momento puede volver.

Se quedó en casa.

Abrió el cuaderno.

Y empezó a escribir algo nuevo, que todavía no tenía título pero que tenía dirección, y que tenía que ver con los colores de la bandera y con la posibilidad de que uno de ellos estuviera insuficientemente representado en la vida cotidiana del país, y con la certeza, intacta como siempre, de que si uno llevaba la idea correcta al lugar correcto y la formulaba con la claridad y la preparación que el momento requería, el interlocutor adecuado terminaría por escucharla.

Siempre había un interlocutor adecuado.

Siempre había un momento.

Siempre había una idea que el mundo todavía no había tenido pero que estaba ahí, esperando a quien tuviera la paciencia y el método para encontrarla.

Eso era lo que quedaba en la caja cuando todo lo demás había salido.

La esperanza.

O su equivalente funcional.

Que en los sistemas que se perpetúan a sí mismos, y en los hombres que los habitan sin saberlo, suele ser exactamente lo mismo.

¡Morado! Ninguna bandera del mundo tenía el color morado...

Ese color luciría mejor que el rojo que muchísimas sí tenían...

Pero eso sería cosa del futuro.

Y Caritino tenía aún mucho tiempo en su futuro